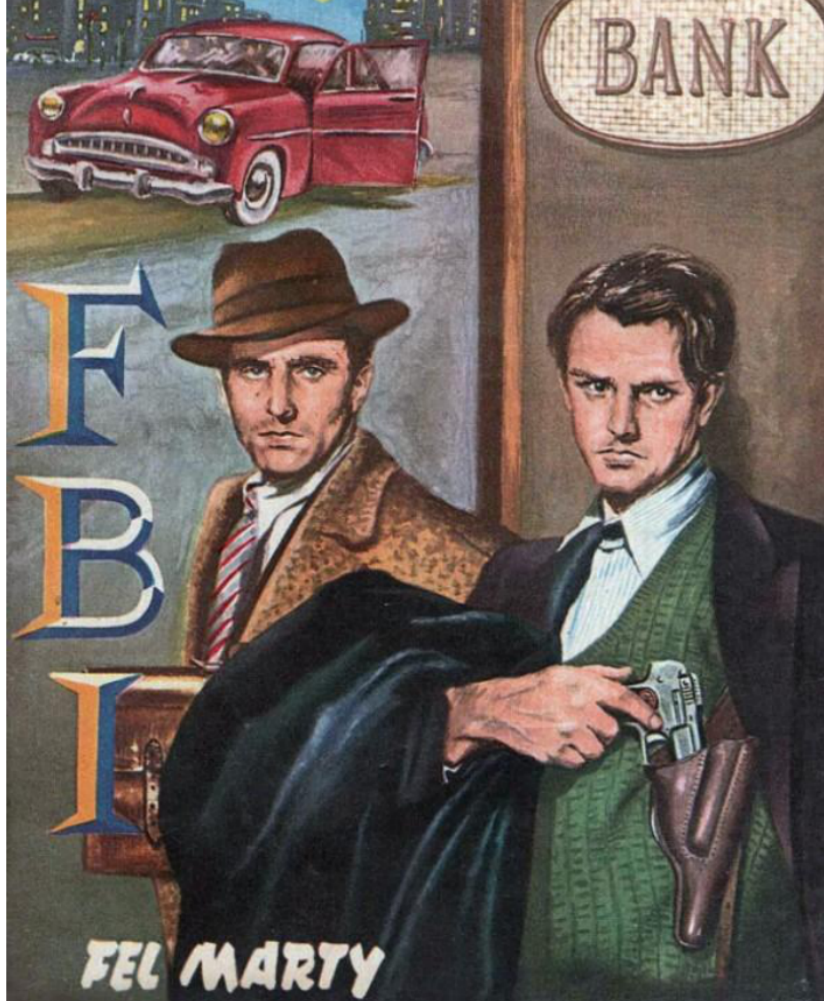


ESCLAVOS del DELITO



FEL MARTY

ESCLAVOS del DELITO



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by **EDITORIAL ROLLAN**
Madrid, 1953
PRINTED IN SPAIN



San Bernardo, 68. MADRID.

Impreso en Gráficas ROLLAN.—Madrid.

COLECCION F. B. I.

NUMEROS PUBLICADOS

100. Yo, Director del F. B. I. (1).
200. F. B. I. contra Crimen, S. A. (1).
201. 30.000 dólares (36).
202. ¡Ni un paso atrás! (5).
203. Viaje sin final (29).
204. Pistas truncadas (37).
205. Gran Hotel (38).
206. La coartada falló (7).
207. Lydia (3).
208. El peso de la Ley (30).
209. La única oportunidad (28).
211. La muerte ronda (33).
215. Reportero de sucesos (4).
221. Sombras en rojo (37).
222. Aprendiz de policía (30).
225. Muerto en la carretera (4).
226. Sangre de periodista (23).
228. Dos vidas (3).
229. Cara es la victoria (30).
230. Uno contra todos (28).
231. Servicio inacabado (21).
232. Oscura traición (41).
233. ¡Alto! (4).
234. Sólo existe un dilema (9).
235. Legión extranjera (30).
236. Sindicato criminal (40).
237. Requiem por Larry (4).
238. El triunfo del bien (42).
239. Entre la espada y la pared (28).
240. Los sospechosos (40).
241. La vida al azar (21).
242. Los Balcanes en llamas (43).
243. La Ley y él (5).
244. Puente de traidores (17).
245. Espionaje (42).
246. Extorsión (4).
247. Noches de pesadilla (3).
248. Sin rumbo (9).
249. Un caso policiaco (4).
250. Caza del hombre (44).
251. En la brecha (17).
252. Galería de condenados (4).
253. Vidas truncadas (44).
254. Con los pies hacia fuera (21).
255. Una pareja imposible (37).
256. Fuego en las manos (21).
257. Última pena (5).
258. Cogido en el ceño (28).
259. La esquina siniestra (4).
260. El astuto Rubén (40).
261. La Policía lo sabe (3).
262. ¡Perseguido! (28).
263. Pistas borradas (4).
264. Callejón sin salida (5).
265. Sombras de Nueva York (42).
267. ¡Pánico! (4).
268. Hundida en el cieno (44).
269. La banda de los sbuhos.
270. Inspector especial (42).
271. Testigo, la luna (5).
272. Tres muertos para tres (48).
273. Huyendo del pasado (30).
274. Manos sucias (4).
276. Escondite para un cadáver (8).
275. El elefante blanco (49).
276. Al margen del deber (21).
277. Al servicio de la Ley (42).
278. El precio del rescate (28).
279. Tres ramas de un mismo árbol.
280. Un hombre busca su destino.
281. El fiscal asesinado (9).
282. Valtija diplomática (30).
283. Misterios de Chicago (4).
284. ¡Expulsado! (37).
285. Diamantes rojos (42).
286. La trampa (5).
287. Mister Warren descubre al asesino (41).
288. El último asalto (30).
289. Maffiosos (4).
290. La muerte al volante (45).
291. Espías en el infierno (46).
292. Emigrante del terror.
293. Habilidad criminal (42).
294. Una grieta en el salón de acero (4).
295. ...y picado en el corazón (3).

296. Grow Street (47).
 297. Cuando la ciudad duerme (5).
 298. Dakin «el Guapo» (42).
 299. Tres sentenciados (30).
 300. National 7117? (21).
 301. La amenaza de Morris (4).
 302. Yo te defiendo (28).
 303. El humo llevaba sangre (9).
 304. Razzia (30).
 305. Injusta acusación (42).
 306. La conciencia me acusa (4).
 307. Nadie escapa a su delito (48).
 308. El pandillero (5).
 309. El último ataque (30).
 310. Sobra un hombre (21).
 311. ¡Yo no lo maté! (44).
 312. Dueño en las sombras (28).
 313. Falsa coartada (30).
 314. Rehenes (4).
 315. Noche sin amanecer (5).
 316. El inspector Dirac investiga (42).
 317. Exterminio (30).
 318. Cerco de sangre (44).
 319. Hora decisiva (5).
 320. La muerte viene en clava (41).
 321. John «el Audaz» (4).
 322. Mensaje secreto (28).
 323. El renegado (5).
 324. El testigo amordazado (3).
 325. Por la espalda (44).
 326. Ayer fui asesinado (4).
 327. De cebo, un «gangster» (28).
 328. Barrera de odio (42).
 329. La caza de Bucky (5).
 330. Happy sabe cumplir (17).
 331. Doble enigma (30).
 332. Acusa el testigo (21).
 333. El «boss» está servido (4).
 334. El robot y la muñeca (37).
 335. El castigo del mal (42).
 336. ¡Y no soy culpable! (3).
 337. Niebla en el pasaje (28).
 338. Chantaje en Tokio (50).
 339. ¡Logan vuelve! (30).
 340. Ella y el «gangster» (17).
 341. La bestia (5).
 342. Descenso al abismo (37).
 343. Tras el telón de bambú (51).
 344. El verdugo soy yo (4).
 345. Ha muerto un valiente (17).
 346. El pequeño «boss» (23).
 347. Amarga victoria (28).
 348. Una gota de sangre (28).
 349. Trágica obsesión (42).

AUTORES

- | | | |
|---------------------|---------------------|----------------------|
| (1) Alf Manz. | (20) Andre O'Sun. | (38) Gary Belsan. |
| (2) Fred Baxter. | (21) Fel Marty. | (39) Paul Coster. |
| (3) Frank McFair. | (22) Dana Yonell. | (40) Herman Tell- |
| (4) Eddie Thorny. | (23) Al Gailard. | gon. |
| (5) O. C. Tavin. | (24) Chester King. | (41) Anthony Cuni- |
| (6) Alar Benet. | (25) Josep Tell. | ller. |
| (7) A. G. Murphy. | (26) Med Ryman. | (42) Anthony Ben- |
| (8) Lewis Haroc. | (27) Lou Dark. | son. |
| (9) J. L. Martyn. | (28) Jan Hutton. | (43) Albert Lazar. |
| (10) Jack Brooklyn. | (29) Richard Jack- | (44) Fred William- |
| (11) Thomas Settee. | son. | son. |
| (12) John Nebot. | (30) Jim Murray. | (45) Ray Jones |
| (13) Thomas Wan- | (31) Sand Burl. | (46) Richard Har- |
| ton. | (32) Joe Greig | vel. |
| (14) F. N. Graw. | (33) Bill O'Creigh. | (47) Ben Martyn. |
| (15) Robert Deaf. | (34) Don Lassister. | (48) Leo Mason. |
| (16) Alan Carson. | (35) John Est | (49) Billy McLean. |
| (17) Alvo Cortroa. | (36) Edward Good- | (50) Ralph F. Re- |
| (18) Jack Grey. | man. | mery. |
| (19) Edgar Ford. | (37) Angelo de Tar- | (51) M. Saavdrovich. |
| | turis. | |

I



You Thu Po, el criado de más confianza de Lin Shay Shu, le unía gran amistad con el joven Cian Kay Fu, sobrino de la vieja Si Wo Yong. Ambos nacidos en Chicago, pero ambos también hijos de padres oriundos del Celeste Imperio, eran chinos de los pies a la cabeza.

Por eso de la amistad y de la afinidad racial, You Thu Po, aquella tarde, como otras muchas, entró resueltamente en la tienda de objetos de arte del Extremo Oriente, propiedad de la anciana Si Wo Yong, sin que extrañase a Clan su presencia allí. Al contrario, le agradó que viniera a hacerle compañía.

Si You Thu Po hubiese tenido aficiones artísticas habría gozado lo indecible en aquel establecimiento, más You Thu Po andaba muy lejos de entusiasmarse ni de prestar la más mínima atención — desde el punto de vista artístico, se entiende— a los tesoros de la

vieja Si Wo Yong.

En el reducido establecimiento podían verse los más singulares y originales utensilios, que habrían hecho las delicias de los coleccionistas de objetos raros, aun cuando nadie podría asegurar, honradamente, la autenticidad de todo aquello. Sin embargo, mamá Sí, como llamaban familiarmente a la anciana sus escasas amistades, mostrábase orgullosa del hermoso palanquín con grandes varales dorados y remates de figuras monstruosas, que afirmaba había pertenecido a un famoso mandarín. También amaba tiernamente los dos sillones cojos, de rebuscada elegancia, con finos dibujos de laca y oro en los brazos y en el respaldo.

You Thu Po, a pesar de su confianza con Cían Kay Fu, solía encontrarse un tanto cohibido entre aquel conglomerado de Budas de jaspes, dioses de madera dorada, sombrillas enormes, hamacas azules —azul cielo—, baldaquinos y gruesas cortinas de seda, de las que parecían querer volar los bordados pájaros multicolores. Por eso, procuraba andar de puntillas al pasar junto a aquellos objetos, por los que sentía un respeto extraño y supersticioso.

Cian Kay Fu salió a recibirle con su eterna sonrisa, tan rara en los hombres de su raza. Era de aspecto simpático y agradable, bajo y delgado, y contaba apenas diecisiete años.

—Ven, You; ven para acá, no temas. Si tuvieses que pasarte todo el día aquí, pronto te acostumbrarías a nuestros viejos amigos.

Los viejos amigos de Cian, los budas panzudos, los idolillos de ojos saltones, rubíes por pupilas, los dragones inmóviles, arrinconados en eterna quietud de cuerpos de madera, lacas y jaspes. También los pajarillos de las cortinas...

You Thu Po miró en derredor y preguntó:

—¿Y mamá Si Wo Yong?

—No está, ha salido. Podemos fumarnos una pipa con tranquilidad. En ninguna ocasión habrías llegado mejor que ahora. Ven.

Cian le cogió por un brazo, en gesto amistoso, y lo condujo a la trastienda.

Aparte de los preciosos objetos descritos, todo resultaba sórdido y miserable en aquella tenducha, enclavada en el corazón del barrio chino de Chicago.

La trastienda hacia las veces de comedor y dormitorio de Cian

Kay Fu, un tabuco sin más ventilación que la que entraba a través de la puerta de cristales de comunicación con la salida.

—Siéntate, You, siéntate.

Cian ofreció a su amigo parte del camastro adosado a un rincón de la habitación, único mueble que constituía el ajuar de la trastienda junto con un lavabo descascarillado y mugriento.

You Thu Po tomó asiento donde le indicaban y fumó ávidamente en la pipa que le brindó Cian. A poco, entre los chupetones del uno y del otro a la boquilla de nácar, la habitación acabó llenándose de un humo espeso y maloliente. Cian y You estaban en sus glorias.

Únicamente que You, al contrario de otras veces, guardaba silencio. Cosa rara. «¿Qué le ocurrirá?», se preguntó Cian. Se lo preguntó solo para sus adentros, que no es costumbre entre los hombres de su raza hacer demasiadas preguntas.

You Thu Po parecía receloso. Todo se le volvía mirar hacia la salida, suspirar y dar largas chupadas a la pipa. Cian estuvo a punto de interrogarle: «¿Qué te pasa, You? Soy tu amigo». Pero se guardó su curiosidad. La vieja Si Wo Yong le habría amonestado severamente de haberse enterado. La vieja Si le había imbuido las costumbres de sus antepasados. Además, el hermético rostro de You no invitaba a tomarse semejantes confianzas, impropias de un chino, aunque fuese nacido en el mismo Chicago como Cian Kay Fu.

Así, pues, fumaron en silencio, pasándose la pipa de uno a otro. Cian sonreía a veces. You eludía mirarle.

Y las sombras comenzaron a invadir la tienda. Pronto se haría de noche. Fue entonces cuando sonó la campanilla de la puerta de entrada, con alegre tintineo.

Cian Kay Fu se puso en pie, escondió la pipa debajo del camastro y salió a ver quién llegaba.

—Espérate —dijo a You—. Puede que sea mamá Sí.

Pero no era mamá Sí, sino dos hombres y una mujer, turistas o curiosos, que acudían para fisgonear los idolillos, los palanquines, las sombrillas y los abanicos.

Cian les atendió, solícito. Salieron a relucir juegos de té transparentes y frágiles como el cristal, abanicos de plumas de pavo real, minúsculas mesas con incrustaciones de nácar y el palanquín, orgullo de la vieja Si Wo Yong, con las ostentosas cortinas de seda

azul cayéndose a jirones.

Naturalmente, los curiosos dieron de lado al palanquín. ¿Para qué querían ellos semejante armatoste? Y acabaron cargando con equívocas alhajas de jaspes y porcelana.

Cian Kay Fu retornó a la trastienda contando las monedas que había recibido a cambio de la mercancía.

—You —gritó—: hoy es un buen día. Mamá Si se alegrará. Mira: cuarenta dólares. Esos turistas se han gastado cuarenta dólares por algo que apenas valía diez. Yo...

Hubiera seguido exponiendo su punto de vista respecto a los turistas a no encontrarse con que You Thu Po había desaparecido de su habitación. Volvió a salir a la tienda, y lo llamó a gritos:

—You: ven aquí. ¿Dónde estás? Vamos, ven aquí.

Mi tía tardará en volver y todavía podemos fumar otra pipa.

Mas You no contestó.

Cian cabeceó, dubitativo, torció el morro, se rascó el cogote, y murmuró:

—¡Qué raro este You! Se habrá marchado, aunque no he oído la campanilla de la puerta...

Acabó encogiéndose de hombros y sentándose en un alto y desvencijado sillón, cojo de una pata. Refunfuñó:

—Quizá no he oído la campanilla por estar distraído con los turistas. De todos modos, podría haberse despedido. You es un tipo raro.

Ya no se veía a dos palmos de distancia. Cian continuaba sentado en el sillón cojo, dando vueltas a la extraña desaparición de You Thu Po. Seguía a oscuras porque la vieja Si Wo Yong se habría enfadado mucho si hubiese encendido alguna luz antes de regresar ella. El defecto más acusado de mamá Si era su avaricia.

Por otra parte, Cian estaba acostumbrado ya a aquella vida de privaciones. Además, a él también le agradaba la oscuridad. Podía pensar más a gusto y soñar. Soñar y reír tontamente de sus ingenuos sueños sin que nadie le viera.

Acabó olvidándose de You.

Y transcurrieron los minutos, deslizándose suavemente, quedamente, por encima de las sombras. Cian Kay Fu era feliz.

Pero dejó de serlo bruscamente: un ruido a su espalda, por dónde el famoso palanquín, interrumpió sus sueños. Se asustó. A

Cian le asustaban los ruidos. Escuchó atento. El ruido aquel no volvió a repetirse.

—Habrás sido un ratón —trató de tranquilizarse, y acabó sumiéndose de nuevo en sus pensamientos.

Al cabo del rato, alguien empujó la puerta de la calle, y el tintineo de la campanilla se hizo alegre esquileo de ganado en el silencio.

—¿Quién es? —preguntó Cian, saltando del sillón cojo.

—Soy yo, Cian; no te asustes.

La vieja Si Wo Yong que regresaba a su casa. Sus pies, incomprensiblemente menuditos, resbalaron con suave ruido sobre el suelo de madera.

—¿Has vendido mucho? —preguntó.

—Cuarenta dólares, cuarenta dólares —repitió, alegre, el sobrino.

—No grites tanto; pueden oírte.

Mamá Si Wo Yong tenía fama de lo que era, de ávara. Decían que atesoraba sus buenos dólares, aunque vivía miserablemente con aquel sobrino, hijo de un hermano suyo muerto hacía ya muchos años. Por otra parte, tratábase de una mujer bondadosa y amable. Amaba al joven Cian a su manera, y pretendía educarle en aquel ambiente de sobriedad y de pobreza, para que el día de mañana —decía— pudiera desenvolverse sin agobios en la pequeña tienda, que heredaría al morir ella.

Cian, por su parte, adoraba a aquella mujercita, toda arrugas, toda bondad, que le había recogido y cuidado como a un hijo al quedar huérfano. No obstante, a veces le rondaban ideas de rebelión contra su sórdida avaricia; pero comprendía que nada debía pedir a quién se hizo cargo de él tan desinteresadamente, conduciéndole por el recto camino del bien y del trabajo honrado, y daba de lado a tales ideas.

Mamá Si ordenó:

—Ya puedes cerrar. Mientras tanto, yo dejaré tu cena en la trastienda.

El muchacho colocó en su sitio las gruesas contrapuertas, y luego puso una barra de hierro de lado a lado. De ese modo, ya nadie podría abrir desde fuera.

Si Wo Yong ascendió pesadamente por la escalerita interior, de

hierro, que conducía a las habitaciones del entresuelo, con un farolillo en la mano, y Cian Kay Fu se metió en la trastienda, alumbrada por otro farolillo.

—Buenas noches, Cian.

—Buenas noches, tía.

La despedida de siempre al ir a acostarse tía y sobrino.

Luego, Cian comió deprisa los escasos y pobres alimentos de la casa. A continuación, se acostó en el camastro y apagó el farolillo. Mamá Si Wo Yong se enfadaría si veía mucho tiempo la luz. Hubiese sido un despilfarro innecesario.

Y pronto el sueño se apoderó de Cian y lo transportó a quiméricos lugares en que todo era luz y alegría, sol y flores, un mundo de fantasía, en el que nadie le obligaba a apagar la radiante luz de su imaginación, las luminarias de sus ilusiones...

El sueño de Cian solía ser pesado. Por eso, no oyó que alguien andaba por la tienda: You Thu Po.

You Thu Po no había salido de allí aquella tarde. Las largas y pesadas cortinas, pendientes del techo, le sirvieron de escondite. You Thu Po no había acudido a la tienda de la vieja Si Wo Yong simplemente para visitar a su amigo Cian y fumarse una pipa con él. Abrigaba otros proyectos, y a eso iba.

Conocía perfectamente la tienda, y era capaz de andar por ella a oscuras sin tropezar con los innúmeros cachivaches ni producir el menor ruido. Afuera se oyó un leve silbido. Entonces salió de su escondite y avanzó hasta la puerta de la calle.

Volviendo a cada momento la cabeza, receloso, por si la vieja o Cian despertaban, quitó la barra de hierro y descorrió el cerrojo. Un leve chirrido de éste le obligó a interrumpir su labor.

No, nadie le había oído. Adelante. Acabó de descorrer el cerrojo y tiró de la puerta. Un hombre alto, delgado y ligeramente encorvado, estaba al otro lado. El del silbido.

—Pasa sin miedo, duermen los dos —murmuró el chino—. La vieja está arriba.

El hombre entró sin más y ordenó al chino, en voz baja:

—Espérame aquí, por si te necesito. Enseguida bajo. Deja la puerta abierta.

You Thu Po asintió con la cabeza, y el otro se dirigió, sin más, hacia el piso superior, alumbrado apenas por la escasa luz de luna

que entraba por las entornadas hojas de la puerta.

You Thu Po le siguió con la mirada. Ascendía despacio por la escalera. Iba desapareciendo poco a poco, conforme subía los escalones. Primero dejó de verle la cabeza; luego, los hombros y el cuerpo; por último, solo le vio los pies, hasta que, al final, la empinada escalera se mostró solitaria, como si la negra boca del piso superior se hubiese tragado al hombre.

You Thu Po, que nunca había sobresalido por sus dotes de valor, temblaba asustado. Sin embargo, no se atrevía a huir de allí.

Fuera se oyeron voces. Alguien se acercaba a la tienda. You, dominando el miedo, cerró la puerta y se apoyó de espaldas en ella. Los que pasaban por la calle debían ser policías, una escuadra volante tal vez. ¿Habrían visto entrar a su cómplice?

You Thu Po empujó la puerta con fuerza cuando las recias pisadas de los desconocidos paseantes se oyeron junto a ella. Sentía algo así como un ininterrumpido martilleo en el pecho, como si el corazón quisiera salirse de su sitio.

Mas solo había sido una falsa alarma. Los hombres aquellos pasaron de largo, y pronto dejaron de oírse sus voces y sus pisadas. Sobre el espíritu supersticioso y pusilánime del chino, pesó de nuevo el silencio.

Y el silencio dejó de serlo cuando, de repente, un grito prolongado, un chillido de terror, partió del piso superior.

You Thu Po, todo temblores, todo miedo, no esperó a más. Huyó empavorecido, dejando abierta la puerta tras de él. A trompicones corría, y a trompicones se perdió en la callejuela solitaria. La luna realzaba las sucias lacras de sus casuchas, igual a cuerpos enfermos, abatidos por la miseria.

A You Thu Po el miedo le prestaba alas a pesar de los trompicones. Aún le parecía oír el grito de antes...

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

Publica:

F. B. I. — WINCHESTER — EXTRA-OESTE
NOVELISTAS DE HOY — VALIENTES
AVENTURAS del F. B. I. — JEQUE BLANCO
MENDOZA COLT — RECORTABLES
WALT DISNEY.

II



O del National Bank tuvo lugar unos días antes de que You Thu Po le hiciese a Cian Kay Fu la jugarreta de esconderse detrás de las cortinas de la tienda de mamá Si Wo Yong para facilitar la entrada al tipo aquel larguirucho y flaco y correr despavorido cuando oyó el grito de la vieja.

Lo del National Bank fue que un buen día aparecieron por allí unos cuantos personajes de los que les gusta enriquecerse de golpe y porrazo, sin reparar en nada, y la emprendieron a tiros con los empleados, precisamente porque a éstos no les pareció oportuno dejarse desplumar sin hacer resistencia.

Hubo algunos heridos y más de un muerto entre los empleados y el público que andaba por allí y se encontró metido en el jaleo sin comerlo ni beberlo, como se dice. Mas dio la casualidad de que uno de los heridos declaró haber reconocido a Samy Silverman entre los

asaltantes.

Aquello ya era una pista. El Federal Bureau of Investigation tomó cartas en el asunto, y el inspector jefe de la Seccional de Chicago dio orden de detener a Samy Silverman, delincuente habitual y peligroso.

Sin embargo, pasaron los días sin que Silverman apareciese por lado alguno. Y era que, precavido y avisado, dejó de acudir a los lugares que solía frecuentar, por demasiado conocido. En cambio, buscó refugio en casa de Lilian Milton, espléndida mujer, por la que sentía una pasión irresistible.

Si vamos a ver, Silverman no hubiese hecho aquello del National Bank por propia iniciativa. Fue cosa de Lilian. Ella le indujo a probar fortuna, y la Fortuna no le fue muy favorable que digamos. De todos modos, Silverman era capaz de cualquier cosa por Lilian.

Además, y por si fuese poco que las cosas salieron como salieron, Silverman llevó a cabo el asalto al National Bank en ausencia del jefe de la banda, bajo su responsabilidad, con lo cual no solo se había buscado el que los del

F. B. I.

anduvieran detrás de él para echarle mano en cuanto se descuidara, Sino que el actuar por su cuenta podría costarle caro en lo tocante al jefe de la honrada comunidad de ladrones a la que pertenecía.

Por eso buscó refugio junto a Lilian Milton, ya que tenía la seguridad de que nadie iba a ir a buscarle allí. Pocos conocían su refugio.

Arrellanado en un sillón, una pierna encima de la otra y quemando cigarro tras cigarro, dejaba pasar las horas en completa holganza. Lilian, a su lado, procuraba distraerle.

—Todo se olvidará enseguida —aseguraba, optimista—. No te preocupes.

—Si no me preocupo; es que este encierro me pone nervioso. Me da la sensación de que estoy en un calabozo —gruñía Silverman.

Aplastó el cigarrillo contra el cenicero, rebosante de colillas; abandonó el asiento bruscamente y paseó por la habitación a largas zancadas.

—Si lo del National Bank no nos ha salido todo lo bien que deseábamos —dijo—, puedo planear otra cosa para compensarnos de ese fracaso, antes de que regrese el jefe. Cuando esté aquí, nada

podré hacer sin su consentimiento. El piensa todo, acapara todo, ordena y obedecemos con los ojos cerrados. Ninguno somos nadie a su lado. Estoy harto del constante papel de segundón y quiero colocarme en el sitio que me corresponde.

Temblones los labios, se frotaba una mano con otra, nervioso.

—Es por ti, Lilian; solo por ti —prosiguió—. Quiero llegar a ser el primero, y barreré cuántos obstáculos se me opongan para conseguirlo.

—Calla, Sammy; pueden oírte —rogó ella, complacida en su fuero interno.

—¿Oírme? ¿Quién puede oírme? Estamos solos. Además, no me importa que me oigan —gritó, enardecido—. No me importa, ¿sabes?

El encierro forzado le volvía loco. Su ilimitada ambición le hacía pensar que no podía perder ni una hora en llevar a cabo sus aspiraciones de grandeza, de poderío del crimen y del delito.

A Lilian le seducían y halagaban sus proyectos, encaminados siempre a procurarle un mayor lujo, por el que sentía desmedido anhelo. Se le arrimó, melosa, y pidió:

—Calla, no grites.

Él la atrajo hacia sí y le pasó la mano por la cara, acariciándola.

—Llevas razón —rectificó—. Mejor es callar y obrar, para que nadie se entere de lo que pretendo hacer ni de lo que he hecho.

Con la sola proximidad de Lilian se le habían aplacado los nervios.

Un rayo de luz penetró, sinuoso, por la ventana, tal vez el postrero del día que acababa. Sammy encendió otro cigarrillo y aspiró el humo con deleite. Luego giró la vista en derredor y torció el gesto.

Todo aquello, los sillones, la consola, los espejos, era muy pobre para su Lilian. Cuando lograra cristalizar sus proyectos, le compraría un palacio en el paseo de la orilla del lago, muebles lujosos, cuadros de las mejores firmas, porcelanas... Pondría a su disposición coches soberbios y alhajas como ninguna mujer las hubiese tenido nunca.

Viéndose en posesión de lo que no era más que un sueño, sonreía satisfecho.

Adquiriría, también un «cottage» en Palm Island; una bella

quinta de recreo, con árboles, muchos árboles, pájaros y flores. Silverman tenía sus ribetes de poeta.

Ahora, que para conseguir el dinero suficiente para comprar cuanto se proponía sería necesario dar unos cuantos golpes con fortuna; luchar, como decía él, y aunque esa clase de lucha no le asustaba lo más mínimo, tampoco hallaba el medio de reanudar sus actividades sin exponerse a caer en manos de los del

F. B. I.

—Da la luz, Lilian —ordenó—. No se ve ya nada.

Al influjo de la luz eléctrica, los objetos parecieron adquirir vida repentinamente. Un pastorcillo de terracota conducía su rebaño de minúsculas e inmóviles ovejas por la consola. Silverman fijó los ojos en él, y preguntó:

—¿Sabes a quién me recuerda ese pastor, Lilian?

Ella miró al pastorcillo de terracota, lo miró a él, y acabó encogiéndose de hombros. Si Sammy seguía mucho tiempo encerrado, terminaría volviéndose loco. ¿A quién podría parecerse la figurilla aquélla?

—¿No lo aciertas? —insistió Silverman. Y luego añadió, viendo que le hacía poco caso—: Pues al jefe. El pastor es él, y las ovejas, nosotros, sus hombres. Ahora que él no cuenta con que cualquiera de sus ovejas puede convertirse en lobo el día menos pensado. Mejor, se convertirá muy pronto en el lobo que destrozará al pastor...

Ojos y orejas, grandonas, de soplillo, se le salían de la cara. Sus ojos tenían un brillo extraño. Reía con mucho ruido.

Estuvo un buen rato riéndose. Luego, saltó del sillón en que se había sentado, corrió a la consola y, de un manotazo, hizo añicos, contra el suelo, la figurilla del pastor, mientras gritaba:

—¿Ves qué fácil? Igual caerá el jefe cuando me lo proponga...

Lilian, acostumbrada a sus excentricidades, no hizo objeción alguna. ¿Para qué? Sabía que lo mejor era callar sin interrumpirle. Dejarle que se desahogara. Además, de ese modo fomentaba su ambición.

Silverman volvió a pasear por la habitación. Los trozos de barro rechinaban bajo la suela de sus zapatos.

—Cuando vuelva el jefe de Palm Island, acabaré con él. Los demás no me importan. Les obligaré a obedecerme, les...

El timbre del teléfono sonó con insistencia. Silverman dejó su discurso para mejor ocasión y miró a Lilian, interrogante. ¿Quién podría llamar a aquellas horas? Se asustó.

—Déjale que suene —dijo, y le temblaba la voz—. Si es algo de interés, ya insistirán.

Pasaron unos minutos, y el teléfono continuó repiqueteando. El sonido metálico del dichoso timbre le chocaba violento en el cerebro, como si le martillasen la cabeza. Al cabo del rato, decidió:

—Cógelo; pero cuidado con lo que dices.

Lilian obedeció. Silverman tenía clavados los ojos en ella. Habló un hombre al otro lado:

—¿Eres tú, Lilian?

—Sí; yo soy —contestó la muchacha.

—Escúchame. Hablas con Aldrich; Albert Aldrich. Advierte a Sammy que el agente especial Coswey anda detrás de él y que hace un rato uno de los muchachos le ha visto rondando por ahí.

Silverman, pegado materialmente a Lilian y arrimando la oreja al auricular, oyó la conversación sin perder una sílaba. Lo de que el agente especial Coswey andaba siguiéndole los pasos no le agradó en absoluto. El escaso color de la cara le desapareció como por encanto. Ya no estaba tan seguro de sí mismo. Fue a contestar; pero lo pensó mejor y desistió de hacerlo. La llamada aquélla podía ser un ardid de cualquier enemigo para averiguar si estaba en casa de Lilian. Incluso el mismo agente especial Coswey...

Como nadie le contestara, el otro colgó el teléfono. Lilian hizo lo mismo. Dejaron pasar unos minutos en silencio, impresionados y medrosos. Al cabo del rato, Silverman inició una mueca que quería ser una sonrisa, y afirmó:

—Esa voz era la de Aldrich, no cabe duda.

Y bruscamente se apartó de Lilian y dio en pasear por la habitación, gruñendo:

—¡Otra vez el maldito Coswey!

Su mirada reflejaba mielo y odio. Lilian le miraba y callaba.

—¡Le mataré! —rugió Silverman, furioso.

Pero, de pronto, pensó que no sería tan fácil deshacerse del agente especial del

F. B. I.,

que le perseguía implacable desde el día que asesinó al agente

Dorigan, y que ya no estaba seguro en casa de Lilian.

Silverman era valiente y decidido; sin embargo, cuando se encontraba ante un enemigo más fuerte que él, sentía algo así como miedo. Y en su fuero interno, consideraba al agente especial como enemigo nada despreciable. De ahí le venían los nervios y la congoja.

Y el caso era que el agente especial tal vez estuviese en aquellos momentos a punto de llegar allí, al piso de Lilian, de donde le sería imposible escapar si venían mal dadas.

Paseó la mirada en derredor, angustiado: rejas de hierro se le figuraron las paredes, mazmorra imaginaria el, hasta entonces, seguro refugio. Temeroso de que alguien estuviese escuchando detrás de la puerta, se acercó hasta ella y la abrió de golpe. Nadie. El pasillo, largo y estrecho, aparecía solitario y silencioso. Antes había llevado la mano al sobaco izquierdo como medida de precaución. Sí; allí tenía la pistola. ¿A qué venía aquel miedo?

Volvió a cerrar la puerta y regresó junto a Lilian, disimulando su inquietud. No obstante, ya había resuelto lo que tenía que hacer. Marcharse cuanto antes. Tarde o temprano, Coswey daría con él si continuaba allí.

—Mi querida Lilian —anunció—: tengo que dejarte.

—¿Y adónde vas a ir? —preguntó ella.

¿Adónde vas a ir, adónde vas a ir? Se repitió la pregunta, machacona y sin respuesta. No lo sabía. Reflexionó unos minutos, bajo la interrogante mirada de Lilian. Y luego dijo, en voz alta:

—Imposible salir de Chicago por ahora. Los del

F. B. I.

tardarían poco en atraparme. ¡No sé adónde ir!

Acorralado, vencido, se le representaba la corpulenta figura del agente especial Coswey riéndose de él detrás de los barrotes de la celda imaginaria.

Hizo otro esfuerzo de voluntad y recorrió, mentalmente, uno por uno, los lugares donde podría buscar refugio. ¿Cícero? Tal vez si fuese a Cícero hallaría dónde cobijarse. Pero no; allí no pasaría inadvertido. Le conocía demasiada gente, y alguien iría con el «soplo» a los del

F. B. I.

Los fragmentos del pastorcillo de terracota rechinaron, una vez

más, bajo sus zapatos. Furioso, los esparció por la habitación a puntapiés.

Hasta ellos llegaba el rumor inconcreto de la gran ciudad. Alaridos de «cláxones», estridentes carcajadas de seres gigantesco e invisibles que se burlaran de sus temores.

—El banquero Gurn —exclamó, de pronto—. No tendrá inconveniente en acogerme en su casa. Me debe muchos favores... si es que no los ha olvidado.

Paseaba ajeno a la presencia de Lilian, junto a él. La había olvidado en su deseo de huir de allí, ante su temor de que llegase, de un momento a otro, el agente especial Coswey. Después de pesar el pro y el contra de acogerse a la protección del banquero Gurn, nuevamente se sintió abatido. Incapaz de razonar con claridad, las ideas se le embrollaban. «¿Cicero, el banquero Gurn, él...?».

—¡El barrio chino! Claro que sí, el barrio chino —exclamó, de pronto—. No sé cómo no lo he pensado antes.

Su sombría fisonomía adquirió un ligero matiz de alegría. En el barrio chino contaba con buenos amigos.

Además, aquél era el sitio a propósito para buscar refugio un fugitivo de la Justicia como él. La mayoría de los chinos odiaban a la Policía y procuraban amparar y defender a quienes se acogían a la inmunidad de sus tenebrosas callejuelas.

¡Ya podía el agente especial Coswey ir a buscarle allí! Nadie diría nada. Lo difícil, llegar hasta el barrio chino sin tropiezos desagradables.

Dicho y hecho. Decididamente iría al barrio chino, y cuanto antes, mejor.

—Adiós, Lilian. Me voy —decidió—. A casa de... Aunque no; mejor será que lo ignores —cambió de opinión—. Puede haber alguien interesado en hacerte hablar por la fuerza. Ya te llamaré por teléfono.

Sin entretenerse más, abandonó precipitadamente el piso donde había pasado varios días creyéndose seguro de la persecución de los hombres del

F. B. I.

Al llegar al portal se encasquetó el sombrero hasta las orejas, echó una mirada en derredor para cerciorarse de que nadie le esperaba espiándole, y avanzó deprisa, arrimado a la pared, en dirección al

barrio chino.

Sombras de noche le acompañaron en la huida.



¡EMOCION! ¡INTRIGA! ¡AMOR!

Son las cualidades que encierran los trepidantes argumentos sobre el Oeste americano de nuestra Colección.

EXTRA-OESTE

Con más de 400 títulos publicados continúa siendo la preferida de los lectores de España y América.

III



A vieja Si Wo Yong dormía con un ojo cerrado y el otro abierto. Por eso, la inesperada aparición del hombre aquel en su habitación le hizo abrir los dos a la vez, con mucho miedo.

—¿Eres tú, Cian? —murmuró, sin salirle la voz del garguero.

No era Cian, el sobrino, sino un tipo alto y desgarrado, que Dios sabía cómo habría conseguido entrar en la casa y con qué fines. Aunque los propósitos que le llevaban a allanar su morada, ya podía suponérselos: los de apoderarse de sus ahorros.

Al llegar a este punto de sus cavilaciones, mamá Si Wo Yong se dijo que si el tipo aquel venía por lo suyo, justo era que lo defendiese con uñas y dientes, que buen trabajo le había costado ganarlo.

Así, pues, en lugar de amilanarse y seguir en la cama, lo que

hizo fue tirarse al suelo e ir contra el intruso. Éste, que no esperaba semejante recibimiento, quedó sorprendido al pronto.

—¡Maldita vieja! —Gruñó, tratando de esquivar las uñas de la china.

Pero pronto perdió la paciencia, y como perdió la paciencia echó mano al bolsillo y sacó un largo y afilado puñal que llevaba preparado para en el caso de que tuviese que hacer uso de él.

Si Wo Yong presintió más que vio lo que se le avecinaba, y le soltó, asustada.

—¡Vaya, parece que entras en razón! —masculló el otro—. ¿Dónde tienes el dinero?

¿El dinero? Lo tenía debajo de la almohada. Casi todos sus ahorros.

—¿Me lo das o no?

Mamá Si pensó que mejor sería darle los dólares que dejarse rebanar el pescuezo. Volvió a la cama, cogió el dinero y se lo alargó.

—Toma —dijo—. No tengo más.

—¿Solo esto? —Gruñó el otro—. Vamos, sácalo todo; ¿crees que soy tonto?

—No tengo más, no tengo más —gimió la china.

Y gimió más fuerte cuando sintió la punta del puñal en el cuello.

—Todo, todo —insistía el hombre.

La avaricia pudo más en la vieja que su deseo de vivir. Volvió a las andadas. Forcejeó con el hombre y se puso a dar gritos.

El ladrón, asustado, corrió escaleras abajo. Entonces, la china, viendo que se le iba con los ahorros, corrió en su persecución, y ¡había que verla correr!

—¡Dame mi dinero, dame mi dinero! —gritaba.

Al mismo pie de la escalera consiguió alcanzarlo. Le cogió por las ropas, y luchó con él.

—Suelta, bruja, suelta —gruñía el otro.

Pero no le soltaba, no. Únicamente le soltó cuando la clavó el puñal en el pecho. Si Wo Yong dio un alarido y cayó al suelo. Allí quedó, inmóvil. Ya no clamaba por su dinero ni por nada. El puñal le había partido el corazón.

Cian Kay Fu, despierto por el ruido de la lucha, salió de su habitación a tiempo de ver cómo el asesino huía de la casa: una a

modo de sombra que atravesó la tienda de dos zancadas y se deslizó a la calle por la puerta, abierta de par en par, perdiéndose en la lejanía antes de que pudiese alcanzarla.

Al ver que resultaría inútil su persecución, Cian regresó a la tienda, donde encontró a su tía al pie de la escalera, sobre un charco de sangre.

Al principio la miró en silencio, con los ojos muy abiertos. Luego, el terror le obligó a gritar con toda la fuerza de sus pulmones. Sus chillidos despertaron a los vecinos, seguro; pero nadie acudió a ver qué sucedía. Los chinos no acostumbran a mezclarse en asuntos que puedan comprometerles. Y frenan su curiosidad, sobre todo de noche.

Así fue cómo Cian Kay Fu se encontró solo, angustiosamente solo. Sus gritos de auxilio caían en el, vacío en el barrio poblado de seres herméticos y misteriosos. Acurrucado junto al cadáver de mamá Si Wo Yong, lloró amargamente hasta que el nuevo día penetró, tímido y silencioso, en la sucia casucha. Parecía como si temiese poner de relieve, con su escandalosa luminosidad, el trágico cuadro de la vieja oriental asesinada y del infeliz muchacho que gemía a su lado vencido por el sueño y el dolor.

Al hacerse de día, Cian Kay Fu volvió a los gritos de antes...

Los escasos transeúntes que se acercaron a la tienda al oírle, volvieron a alejarse de allí con el terror pintado en sus rostros, huyendo de aquel lugar donde reinaba la muerte.

Más tarde, algunos vecinos abandonaron sus casas al enterarse de lo ocurrido, y pronto la noticia se difundió por todo el barrio: mamá Si Wo Yong, la vieja avara propietaria de la tienda de objetos de arte de Extremo Oriente, había sido asesinada.

Alguien avisó a la Policía, y la multitud comenzó a agruparse a la puerta de la casa del crimen.

Un sedán negro se paró junto a la tienda. Descendieron de él un inspector y cinco agentes. El grupo de curiosos estacionados allí — hombres y mujeres desharrapados y sucios, que nada querían con los representantes de la Ley— se deshizo con asombrosa rapidez al llegar los policías.

Cian Kay Fu, los ojos secos de tanto llorar, continuaba acurrucado junto al cadáver.

La Policía invadió el local y empezaron a husmear por todos

lados. El inspector interrogó a Cian. Éste refirió cómo había descubierto el cadáver y habló del hombre que vio huir de la casa.

—¿Sospechas de alguien? —le preguntó el inspector.

Cian Kay Fu se encogió de hombros. No sospechaba de nadie. El asesino debía ser un individuo extraño a su raza, excesivamente alto para oriental.

Ante su negativa, el inspector prosiguió con sus preguntas:

—¿Le oíste hablar?

—¿A quién?

—Al asesino.

Tampoco le había oído hablar. Solo oyó gritar a su tía, el ruido de los objetos derribados en la lucha y, por último, el de un cuerpo que caía al suelo.

—Me levanté medio dormido, a tiempo de ver la sombra del asesino cuando salía a la calle. Era un hombre extraño a nuestra raza —afirmó.

Cian Kay Fu se explicaba con la calma característica de los orientales, con resignado fatalismo. El inspector le observaba con creciente atención. A Cian le turbaba ostensiblemente la fija mirada del policía.

—Tu tía era rica, ¿no es así? —preguntó el inspector, de repente.

Cian lo miró con extrañeza. Contestó:

—No, no era rica. Eso dicen por ahí, pero no era rica.

—¿Sabes dónde guardaba el dinero? —insistió el inspector.

—Mi tía no tenía apenas dinero —casi gritó el chino—. Vivíamos muy modestamente. No poseía más riquezas que esto.

Cian Kay Fu giró la mano señalando los objetos del establecimiento. El inspector lo siguió con la mirada. Algunos aparecían rotos, sin duda al caer empujados por el asesino o su víctima mientras luchaban. Un Buda grande, de vientre monstruoso, había perdido la cabeza en la contienda, y dos horribles idolillos, esmaltados de verde, parecían burlarse de los hombres, sonriéndoles desde el suelo con sus grandes y abiertas bocas de rana.

El inspector dejó tranquilo a Cian y ascendió al dormitorio de la anciana por la empinada escalera de hierro. Las ropas del lecho aparecían revueltas. La colcha, en el suelo.

«La vieja despertó al entrar el asesino —pensó el inspector—. Tal vez gritase, y el criminal la hizo callar a la fuerza. Según se ve,

no pretendía matarla, pues, de haber sido así, lo habría hecho aquí mismo».

Paseando por la habitación, reconstituye los hechos mentalmente: «Si Wo Yong pudo lanzarse de la cama y opuso una desesperada resistencia al asesino. Éste, después de apoderarse de sus ahorros, escapó hacia abajo perseguido de cerca por la mujer. Una vez en la tienda, continuó la lucha. El asesino pretendía huir, sin conseguir que la anciana, acuciada por la avaricia, le soltase. Por último, al ver que no lograba desasirse de ella, la apuñaló al pie de la escalera. Un crimen vulgar, cuyo único móvil era el robo. Ahora bien: ¿quién es el criminal, y quién le abrió la puerta?».

Al llegar a este punto de sus reflexiones, supuso que el sobrino de la víctima, el chino Cian Kay Fu, podía muy bien ser el criminal, o cómplice al menos. ¿Quién si no él pudo abrir la puerta para que entrase el asesino? Aunque, por otra parte, si era el asesino o simplemente cómplice, ¿por qué no había huido, en lugar de quedarse toda la noche junto al cadáver?

Además, una voz interna le decía que el muchacho era sincero, que no mentía. Pensó arrestarle, y decidió dejarlo para más adelante, en caso de necesidad. Encaminaría las investigaciones por otro lado. Ahora, que ¿por cuál?

Descendió las escaleras despacio. Con lo primero que tropezaron sus ojos fue con el cadáver de la anciana Si Wo Yong, la amarilla tez apergaminada y reseca y la boca abierta como si fuera a ponerse a gritar de pronto. Cian Kay Fu, que hasta entonces se había abstenido de tocarla, le cerraba los ojos en aquel momento. Ya podía dormir tranquila el sueño eterno sin que le molestase la luz del sol, el grueso haz de rayos luminosos en los que se bañaba un enjambre de moscas alocadas y voraces.

Cian Kay Fu espantó los insectos que pretendían posarse sobre el cadáver, moviendo un abanico de plumas...

El inspector, después de dar las órdenes oportunas para el traslado del cadáver a la «morgue», abandonó la tienda.

Uno de los agentes permaneció allí, guardando la entrada para que ningún curioso se acercase al cadáver y para vigilar a Cian Kay Fu al tiempo.

Cian Kay Fu, como una figurilla más entre aquellos extraños objetos que representaban un mundo exótico y misterioso, continuó

acurrucado y silencioso, la vista fija en el cadáver, sumido en sus reflexiones y ausente de cuanto le rodeaba. De cuando en cuando, sacudía el abanico para espantar las moscas...



ANTES, AHORA Y SIEMPRE TRIUNFA EL
F. B. I.

UNICA COLECCION EN EL MUNDO
QUE REFLEJA LA AZAROSA VIDA DE LOS FA-
MOSOS AGENTES NORTEAMERICANOS.

¡COLECCION TRADUCIDA A OTROS IDIOMAS!

IV



OMBRES de aspecto tenebroso, en rápido deslizarse por las aceras —baches y suciedad—, sombras del delito o de vicio en la absoluta oscuridad de la noche.

Sin embargo, él, Sammy Silverman, caminaba ya más confiado. Estaba en el barrio chino. Ningún tropiezo desagradable por el camino. Tenía suerte.

De tarde en tarde, algunos farolillos, absurdos acordeones multicolores de papel, escupían su incierta luz a las desconchadas paredes de las casas.

Del interior de un establecimiento —larga muestra de tela con inscripciones en chino, verticalmente al muro— surgió un grito, un alarido, ulular de muerte, y luego, un cuerpo, como lanzado con

catapulta.

Silverman evitó el choque de un salto y aceleró el paso. Nada de detenerse a ver qué ocurría. Era peligroso ser testigo de cualquier suceso en el barrio chino. Seguramente habían apuñalado al hombre aquél, y el que se acercase a él corría el riesgo de convertirse en una víctima más. Sudores le entraron.

De allí a dónde iba faltaban ya pocas yardas. Torció la esquina de una calle. Ventanas cerradas, ciegas de luces. Ni un ruido, ni una voz, sombras y más sombras y la repetición obsesionante de los absurdos farolillos, bamboleándose a empujones del viento en las fachadas de las tiendas.

Silverman, precavido siempre, empuñaba la pistola dentro del bolsillo de la americana. A pesar de conocer muy bien el barrio, no dejaban de infundirle cierto temor aquellos seres menudos y de ojos oblicuos que, estaba seguro, le observaban vigilantes detrás de los cerrados ventanucos de las casas.

La atmósfera, caliginosa, y el cielo desplomándose sobre los tejados, apenas visibles, de las casuchas, eran carga para los hombres y más aún para las cargadas espaldas de Silverman.

Un hombre pasó por su lado. Tal vez viniera de un fumadero de opio clandestino. Su andar era incierto, cual si todavía estuviese bajo los efectos de la droga. Silverman llevó el dedo índice al gatillo de la pistola, en previsión de cualquier sorpresa. Pero el desconocido siguió adelante, sin verlo, sujetándose en las paredes.

Tres calles más allá, La Cola del Dragón, adonde se dirigía Silverman. Ansiaba encontrarse ya allí. Si alguien pretendía asesinarle, de bien poco le serviría la pistola. En cualquiera de aquellos oscuros portales podrían estar, agazapados, los individuos que se amparaban en las sombras para acometer a sus víctimas. Cuando quisiera darse cuenta, sería demasiado tarde para esquivar la dentellada de sus puñales...

Silverman prefería la lucha cara a cara, al ataque solapado y traicionero.

Mas ¿por qué pensar en eso? Ya estaba muy cerca de La Cola del Dragón. Aunque...

Pensó, de pronto, si se negarían a darle cobijo, y un sudor frío le resbaló por la frente.

«¡Bah! ¿Por qué no me va a recibir Lin Shay Shu? —se dijo—.

¡Claro que me recibirá...!».

Un perro, famélico y trotón, corrió, ladrador, metiéndose entre sus piernas, a punto de derribarle. El susto le cortó el resuello. El asesino, el hombre sin honor y sin piedad para nadie que era Sammy Silverman, temblaba, azorado, ante el misterio del barrio siniestro y hermético como los seres que lo habitaban.

Y el camino se le hacía interminable. Un mundo de fantásticos peligros, de extraños temores, invadía su ánimo y poblaba su imaginación de terroríficas escenas. ¡Diablos de perro! A punto estuvo de soltarle un par de tiros.

Ya no se acordaba de Lilian ni de sus ambiciosos proyectos de dominio y de riqueza. Había olvidado, incluso, que era un perseguido de la Justicia, un fugitivo en busca de lugar seguro donde refugiarse.

«La Cola del Dragón, La Cola del Dragón», se decía, queriéndose darse ánimos para llegar hasta allí.

Volvía una esquina, cuando alguien le tocó suavemente en un hombro.

—¡Eh! Silverman: quedas detenido.

Giró, rápido. Ante él, sonriendo triunfal, el agente especial del F. B. I. Coswey.

—¿Qué, no esperabas encontrarte conmigo, verdad?

Malas ideas se le pasaron a Silverman por la cabeza. Una de ellas, soltarle un par de tiros. Como tenía la pistola en la mano, poco trabajo le costaría apretar el disparador y...

Lo pensó solo. Coswey no era tan tonto como para dejarse soltar un par de tiros así como así. En tanto, Silverman, cogido de improviso, se sacudía la sorpresa, el agente especial ya se había lanzado sobre él. Demasiado tarde para que llevase a cabo sus propósitos. Las llaves de «*jiu-jitsu*» del agente Coswey surtían efectos impresionantes. Silverman se encontró desarmado en un dos por tres.

—Vaya, amigo. ¿Quieres venir conmigo ahora, sí o no?

El agente especial le apretaba la muñeca con fuerza. Sin embargo, Silverman no era de los que se entregan fácilmente. La astucia constituía su fuerte. De pronto, hizo como que se caía. Al tirón, Coswey le soltó.

Silverman tardó poco en recobrar el equilibrio. Luego, en lugar de huir, se abalanzó sobre Coswey y le propinó un par de directos en la mandíbula. El agente especial encajó bien los golpes.

—Cuidado, Silverman —advirtió—, que esto aumentará tus culpas. Entrégate.

Sí, entregarse. Silverman volvió a las andadas.

—¡Cómo te reirías de mí al verme en la silla eléctrica! —graznó.

—Tarde o temprano irás a parar a ella —profetizó el agente especial.

Ahora era él quien había tomado la iniciativa. Silverman, con mucho saltar de un lado a otro, esquivaba los golpes como mejor podía. Si Coswey le echaba la zarpa encima, estaba perdido. Mientras conservase la distancia...

Una de las veces, el puño de Coswey le alcanzó en el pecho con tal fuerza, que le hizo retroceder ocho o diez pasos tambaleándose. Más, avezado a la lucha y aunque no dejó de acusar un inerte dolor, se rehízo inmediatamente con un supremo esfuerzo, esquivando, de nuevo, los demoledores puñetazos que le dirigía el agente especial.

Pero aquel combate no podía durar mucho. Silverman comenzaba a cansarse de ir de un lado a otro. Las fuerzas le fallaban. Se paró un instante y recibió un «uppercut» que estuvo a punto de dar en tierra con él.

A consecuencia del puñetazo, vio a Coswey a través de una niebla espesa. La imponente figura del agente especial se agrandaba más y más hasta alcanzar proporciones colosales. Más, de pronto, un pensamiento le vino a la imaginación, que aclaró sus ideas y su vista.

—¡La silla eléctrica! —exclamó, sacudiendo la cabeza para despabilarse.

—Sí: la silla eléctrica te espera —sonó, agorera, la voz de Coswey.

«¡La silla eléctrica, la silla eléctrica!». Tenía que huir, librarse de Coswey. ¡Qué torpe estuvo al dejarse sorprender y perder la pistola! Así, desarmado, era imposible vencer al agente especial. Las piernas se negaban a obedecerle y un extraño cansancio agarrotaba sus músculos.

—Date preso, Silverman —instó Coswey, al tiempo que avanzaba hacia él, dispuesto a detenerle.

La calle continuaba solitaria y silenciosa, como si nadie habitase en ella. Sin embargo, no era así: detrás de las rendijas de las ventanas, detrás de las puertas, hombres y mujeres atisbaban, curiosos, la escena, pegando la nariz a las carcomidas maderas o a los rotos cristales.

Sammy Silverman ya no trató de defenderse. ¿Para qué? Fatalista por temperamento, se daba por vencido. Más la casualidad vino en su ayuda. Dos pasos le separarían, a lo sumo, del agente especial, cuando éste tropezó con el encintado de la acera, y estuvo a punto de caer. Solo un instante, pero lo suficiente para que Silverman reaccionase, lanzándole un puntapié que le alcanzó en el vientre. Coswey rodó por el suelo, sin sentido.

Silverman le contempló un momento, asombrado de su suerte. Luego miró en derredor y emprendió, por último, una huida desesperada. La visión de la silla eléctrica, la terrible pesadilla, quedaba atrás, junto al agente especial, tendido en medio de la callejuela, en la que seres silenciosos y de ojos oblicuos espiaban escudados en la oscuridad de la noche y en el hermetismo de sus moradas...

La Cola del Dragón, el miserable albergue de noche que regentaba Lin Shay Shu, hallábase situado en una casucha de dos pisos, el bajo y otro superior, rematada por una techumbre al estilo oriental. Sobre la puerta, de un verde oscuro, más oscuro aún por la suciedad, un enorme dragón rojo parecía defender la entrada al edificio balanceando su largo cuerpo de madera a impulsos del viento. Más allá, una linternita de luz, roja también, iluminaba apenas los caracteres escritos sobre un tablero rectangular, semiborrados por la acción del tiempo.

Cualquiera que pasase por La Cola del Dragón se creería transportado al extraño e impenetrable Oriente.

Sammy Silverman, fatigado por la carrera, jadeante y rendido, titubeó unos segundos antes de llamar a la puerta. De nuevo le asaltaron las dudas. Temió que su viejo amigo Lin le abandonase en la desgracia, que se negara a recibirle en su casa para no comprometerse.

Con un pañuelo de colorines se limpió la frente y, al fin, se decidió a llamar, sobreponiéndose a la vacilación. ¿Por qué Lin iba a negarse a recibirle?

El aldabón sonó lúgubre —al menos eso le pareció a Silverman — al caer sobre la placa de bronce, y el sonido se repitió con estruendo en la silenciosa callejuela.

Los minutos que tardaron en acudir a la llamada se le figuraron siglos. Luego, las lentas pisadas de alguien que andaba al otro lado de la puerta, llegaron hasta él. ¡Sí, ya venían! Después, el ventanuco, a modo de mirilla, sobre la puerta, se abrió de golpe. Una voz cascada, de hombre, como de alguien que se hallase muy lejos de allí, preguntó:

—¿Quién llama a estas horas?

Silverman reconoció al viejo Lin Shay Shu en el que preguntaba. La roja luz de la linterna iluminaba débilmente su flaco rostro de oriental, ornado con un absurdo gorro de dormir.

—Lin: soy yo, Silverman, tu amigo Sammy Silverman —susurró, receloso de que le oyese alguien más que el propietario de La Cola del Dragón.

—¿Sammy Silverman? ¡Cuánto tiempo hacía que no venías por aquí! —exclamó el viejo—. Acércate más, que pueda verte. Ahí, debajo de la linterna. Empiezo a envejecer y mis ojos ya no ven como cuando joven. Más cerca, más cerca.

Obedeció Silverman, humilde, y fue acercándose hasta situarse debajo del círculo de luz de la linterna.

—¿Me ves ahora?

—Ya te conozco, Silverman, ya te conozco. Pero ¿qué te ha pasado? Tienes la cara hinchada.

—Anda, ábremelo pronto —se impacientó Silverman, temeroso de que el agente especial recobrase el conocimiento y pudiera llegar hasta allí. Estaba seguro de que, nada ni nadie le salvaría en ese caso, ya que el chino se mantendría al margen de la cuestión, para evitar compromisos.

—Ya voy, hombre, ya voy. Parece que traes mucha prisa.

El viejo entornó la mirilla, y un ruido de cerrojos, al descorrerse, acompañó a sus palabras, ininteligibles, como un murmullo.

—Pasa, Sammy.

Había abierto. Silverman se apresuró a obedecerle. La puerta se cerró a su espalda con agudos chirridos de bisagras.

Hallábase en una estancia sin más muebles que un par de bancos enormes adosados a la pared, donde dormían los clientes del

albergue en las épocas de mayor afluencia. Silverman se dejó caer en uno de ellos y respiró hondo. Acababa de quitarse un gran peso de encima.

Lin Shay Shu le observaba con interés. Enlazadas las manos sobre el flácido vientre, dibujó una sonrisa apenas perceptible. Era un tipo curioso. Los largos y cenicientos bigotes le caían hasta más abajo de la barbilla, igual a un par de gruesos fideos que se le hubiesen pegado al labio sin posibilidad de quitárselos de encima. El gorro de dormir le cubría completamente la calva, y la oblicuidad de sus ojos daba una asombrosa vivacidad a su cara, llanura amarillenta surcada de infinidad de arrugas.

Bajo de estatura y enfundado en una túnica chinesca, negra y cerrada hasta el cuello por gruesos botones de jaspe rosa, tenía un no sé qué de repelente o siniestro. Al comenzar a hablar, desenlazó las manos y dejó ver los dedos, monstruosamente largos, rematados por unas uñas afiladas como garras.

—Me necesitas, Sammy, ¿no es verdad? —preguntó.

Silverman levantó los ojos del suelo y lo miró a la cara. «¡Qué viejo está Lin!», se dijo, sin saber por qué.

Lin Shay Shu se le acercó más y le cogió por los hombros.

—¿Verdad que me necesitas, Sammy? No habías vuelto por aquí desde hace muchos años. Tan solo te acuerdas de los amigos en la adversidad. Eso no está bien. ¿Es que has asesinado a algún otro?

Silverman se llevó un dedo a los labios, indicándole que guardase silencio. El chino rio, divertido, con estridentes carcajadas.

—No tengas miedo, mi pequeño Sammy; nadie nos oye —exclamó—. Lin nunca habla cuando puede comprometer a un amigo.

De ello ya le había dado pruebas salvándole de, caer en manos de la Policía, al comienzo de su carrera de delitos. Cuando mató a un hombre a sangre fría para robarle un puñado de billetes, que perdió luego en una casa de juego en poco más de media hora. No; Lin Shay Shu jamás delataba a un amigo.

—¿Qué, no quieres hablar? —insistió el chino—. Bueno; te diré yo lo que te pasa. Andas huyendo por lo del National Bank y lo del asalto al New Wallace Bank. Dos asuntos que te han dado mucho trabajo y escasos beneficios. Verdaderamente, por ese camino nunca serás nada, Sammy.

—¿Cómo sabes tú eso? —saltó Silverman.

El chino agudizó su sonrisa, y replicó:

—Lin lo sabe todo; el viejo Lin está en todas partes y ha seguido tus pasos como un buen padre seguiría los de un hijo amadísimo.

En su voz se notaba cierto dejo de ironía, que alteró los nervios de Silverman.

—Y el agente especial Coswey, ¿qué ha sido de él? —Cambió de conversación; los ojos le chispearon de un modo que nadie podría asegurar si de alegría o de odio.

—No me lo mientes —gritó Silverman, exaltándose—. Él tiene la culpa de lo que me ocurre. Debí haberlo matado...

—¿Cómo que debiste matarlo? Explícate.

Comprendió que ya no podía volverse atrás. Tenía que contarle lo sucedido. Informó a Lin Shay Shu de lo ocurrido con el agente especial hasta que lo dejó sin sentido. Lamentaba no haberle rematado de un tiro.

—Tuviste miedo, ¿verdad?

Los ojos de Silverman relampaguearon. Pareció que iba a saltar sobre el impenetrable oriental. Lin le contemplaba serio, sin inmutarse, con una seriedad que constituía un reproche para su debilidad con el agente especial. Silverman siguió donde estaba.

—Tuviste miedo, ¿verdad? —insistió el chino.

—¿Miedo? No sé. Sí; tal vez haya sido miedo —balbució Silverman, llevándose la mano al carrillo—. Me habló de la silla eléctrica, y sentí que las fuerzas me fallaban. Luego, cuando conseguí vencerle, solo pensé en huir. Mejor hubiera sido matarle. La pistola quedó en el suelo. Me habría resultado muy fácil hacerlo. Pero ¿qué quieres? Algo superior a mi voluntad me obligó a escapar de allí.

—Bueno; ¿qué vamos a hacerle? —Gruñó Lin—. Sin embargo, acuérdate siempre de que es peligroso dejar con vida testigos que puedan acusarnos después.

Una pausa siguió a estas palabras. Los dos se reconcentraron en sus pensamientos.

Lin Shay Shu tenía en mucho que pensar por aquel entonces. Hallábase en precaria situación económica desde hacía tiempo. El negocio iba de mal en peor cada día. Probó a transformar el albergue —al que únicamente acudían chinos de aspecto ambiguo y

miserable— en casa de juego. El nuevo negocio tampoco le fue mucho mejor. Finalmente, se dedicaba, en compañía de tres criados compatriotas suyos, a pequeñas raterías, que le ayudaban a mal llevar una vida, miserable. No obstante, abrigaba fantásticos proyectos para salir de semejante penuria.

Silverman llegó a La Cola del Dragón en un momento propicio. Lin Shay Shu sabía que no era hombre que se parase ante nada ni ante nadie para cometer cualquier delito, con tal de obtener un beneficio.

—Vamos al piso —ofreció—. Estaremos mejor arriba.

Y le condujo a una reducida pieza, amueblada pobremente al estilo oriental. Allí se sentaron en mullidos cojines de brillantes colorines.

—¿Tienes hambre, Sammy?

Hasta aquel momento, Silverman no se había dado cuenta de que hacía muchas horas que no probaba bocado. Lin jamás se olvidaba de nada, incluso en las situaciones de mayor peligro. Sustentaba la teoría de que un estómago lleno proporciona mejores ideas al cerebro y hace feliz al hombre. Quizá tuviese razón. Por otra parte, todavía no le convenía hablar a Silverman de sus proyectos. Estaba aún bajo el influjo de los últimos acontecimientos y podría mostrarse remiso a secundarle.

—Sí; tengo hambre —asintió Silverman.

Y el chino abandonó la salita para volver a poco con un cesto rebosante de viandas, de las que Silverman dio pronto buena cuenta.

—Y ahora, un trago de «*whisky*».

Lin le tendía una botella.

—Bebe cuánto quieras; es del bueno —instó.

Silverman no se hizo rogar.

—Estoy seco —dijo.

Cogió la botella con las dos manos, se arrimó el gollete a la boca y bebió sin parar hasta mediarla. Estaba seco, de verdad.

—¡Bueno! —reconoció, atragantándose.

El chino volvió a sonreír con aquella enigmática sonrisa suya que le hacía aún más repulsivo.

Silverman sonrió también. Después de bien comido y bien bebido, se sentía más optimista. En aquel momento, se hubiese

atrevido, incluso, a enfrentarse con el agente especial Coswey.

—¡Qué idiota he sido! —Gruñó, al recordar que podía haber acabado con el agente especial.

Lin Shay Shu no tuvo que preguntarle a qué se refería. Adivinaba sus pensamientos. Sammy Silverman volvía a ser el Silverman cruel y cínico que el conoció en otros tiempos. Se alegró por ello.

—No debiste abandonar nunca La Cola del Dragón —le reconvinó—. Entre tú y yo habríamos hecho grandes cosas.

«¿Qué grandes cosas podríamos haber hecho en esta pocilga?», se preguntó Silverman, sin contestar al chino, que esperaba su respuesta. Aunque, bien mirado, otros habían comenzado desde más abajo todavía y fueron subiendo y subiendo hasta hacerse inmensamente ricos. Por ejemplo, el banquero Gurn. Al banquero Gurn lo conoció él cuando era un pobre diablo y vivía en un zaquizamí de mala muerte. En cambio, ahora...

Lin Shay Shu seguía esperando su respuesta; más en lugar de responder, lo que hizo Silverman fue preguntar, a su vez:

—Oye, Lin: ¿qué proyectos tienes? ¿Quieres proporcionarme algún trabajo? Dilo sin rodeos; sabes que no me gusta perder el tiempo.

Mas Lin Shay Shu solía tomar las cosas con calma. Necesitaba cerciorarse de que Silverman llevaría a cabo lo que le propusiera. Dijo:

—La cosa es fácil, ¿sabes? Sobre todo, si lo haces tú. Podemos conseguir un buen puñado de dólares sin exponernos como te expusiste tú en lo del National Bank.

La codicia agrandó los ojos a Silverman. ¿Dinero? La cosa se ponía interesante. Si lo aseguraba Lin, verdad sería. Lin Shay Shu, aunque un redomado pillo, jamás mentía a los amigos.

—Seremos tú y yo únicamente a repartirnos los beneficios —aseguró el chino.

Esto le gustó más todavía a Silverman. Estaba harto de repartir el botín con los de la banda, y de que le tocara siempre la menor parte. Además, ¿quién aseguraba que repartiría con Lin lo que consiguiese de aquello que iba a proponerle? Primero, que Lin le confiase sus proyectos; después, ya se vería qué pasaba. No le sería difícil engañarle, y, si llegaba el caso, tampoco se detendría ante un

nuevo crimen.

Lin Shay Shu le observaba muy serio.

—Vamos, Lin, habla ya. Me estás poniendo nervioso.

Y el chino dejó de mirarle. Lentamente, sin prisas, se sentó en un cojín, cruzó los brazos sobre el vientre y empezó a exponer sus proyectos. Hablaba con voz tranquila, profunda, sin mover un solo músculo de la cara, fija la mirada en la pared. Y era que el pensamiento lo tenía fijo, también, donde la anciana Si Wo Yong descansaba a aquellas horas, ajena al peligro que le amenazaba.

El prolongado ladrido de un perro vagabundo llegó hasta ellos, traído en volandas por el aire. Y ese mismo aire golpeó, con furia, el tejado de La Cola del Dragón e hizo crujir, ruidoso, el almacén de maderas carcomidas por los gusanos y los años.

Un olor pestilente y nauseabundo entraba por las rendijas de la ventana.

La voz de Lin Shay Shu resonaba profunda y grave, recitando el largo versículo del tenebroso libro de su memoria:

—La vieja Si Wo Yong es rica, muy rica...

Silverman le escuchaba sin pestañear.

—Lo harás mañana —decidió Lin.

Y Silverman asintió con la cabeza. «Sí, mañana. Cuanto antes, mejor».

Afuera, el viento seguía empeñado en arrancar el almacén de madera del tejado...

V



NA nube de agentes se puso en movimiento para descubrir al culpable o culpables de la muerte de Si Wo Yong. Registraron el barrio chino casa por casa, sin dejar rincón alguno por escudriñar. Muchos de los hombres amarillos que no tenían la conciencia demasiado tranquila, maldijeron a la anciana como si ella tuviese la culpa de que les asediaran a preguntas e incluso y de rechazo, les detuvieran al descubrir cosas que pretendían guardar en secreto.

La Cola del Dragón fue objeto de un minucioso registro, y los hombres y mujeres que dormían aún en las sucias y malolientes habitaciones, obligados a levantarse y a declarar. De Sammy Silverman, ni rastro.

Nadie había visto ni sabía nada. Los policías abandonaron el albergue como habían llegado.

El misterio del asesinato de la vieja Si Wo Yong resultaba cada vez más impenetrable, sobre todo por haber tenido lugar en aquel barrio, donde los habitantes se volvían ciegos y, mudos cuando se trataba de ayudar a la Justicia.

No obstante, alguien sabía quién era el asesino: Lin Shay Shu, el propietario de La Cola del Dragón.

Después de la visita de los agentes, se retiró a su oficina. Una habitación pobremente amueblada: cuatro sillas, dos de ellas sin respaldo y con el asiento hundido, y una mesa de despacho, desvencijada y grasienta. Además, una poltrona, donde se dejó caer fatigado. Allí permaneció algún tiempo, sumergido en sus pensamientos.

Estaba desconcertado. El mismo preparó el golpe e incitó a Sammy Silverman a realizarlo. Su criado, You Thu Po, le abrió la puerta de la tienda, después de permanecer escondido en el establecimiento varias horas. Luego, Silverman hizo lo demás. Demasiado. La verdad: no merecía la pena matar a la vieja por un puñado de dólares.

Le costaba trabajo creer que Silverman no hubiese encontrado los ahorros de la anciana Si Wo Yong.

—No puede ser —gruñía—. Si Wo Yong debía tener mucho dinero. ¿Y si pretendiera engañarme para quedarse con todo?

El propietario de La Cola del Dragón no era de los que creen en la palabra de los hombres de la idiosincrasia de Silverman. En espera del giro que tomasen las cosas, había callado, aunque pensó, desde el primer momento, que Silverman le engañaba. Para adoptar otra resolución más expeditiva, siempre tendría tiempo. Era preciso evitar el escándalo que se produciría al castigar sangrientamente a Silverman. Para eso siempre habría ocasión...

—De todos modos, el bueno de Sammy terminará en la silla eléctrica, tarde o temprano —masculló, sonriendo.

Luego volvió a ponerse serio. Los ojillos le brillaban como dos ascuas. Resueltamente, se levantó del asiento. Después de reflexionar largamente, había llegado a la conclusión de que Sammy le engañaba, y estaba dispuesto a descubrir la verdad de lo sucedido, a apoderarse del tesoro de la vieja Si Wo Yong.

Salió de lo que él denominaba pomposamente su oficina. Cerró la puerta con llave y avanzó, sin hacer ruido, por un largo corredor sumido en la penumbra.

En aquella casa todo resultaba tétrico y misterioso, como si el mismo aire viniese cargado de secretos peligros e ignoradas amenazas...

Lin Shay Shu se situó en un extremo del corredor, junto a una ventana por la que entraba la luz a través de un tupido enrejado, y batió palmas cuatro veces: dos muy fuerte, otras dos, más débilmente.

Instantes después, una sombra se deslizó hasta allí sin ruido.

—Aquí estoy, Lin.

Una chinita, baja de estatura y de ágiles movimientos. La luz de la ventana le dio de lleno. Era bellísima, pero, algo indefinido, en su rostro como de porcelana, hacía que, resultase más bien represiva que atrayente. Quizá, sus ojos, de mirada fija y penetrante: o la boca, contraída en un rictus de desprecio o de maldad, o, tal vez, la vivaz inteligencia que irradiaba toda su persona haciéndola semejar a un reptil venenoso.

Vestía un quimono, pletórico de flores bordadas en seda, que le llegaba hasta los tobillos. Los pies, inverosímilmente pequeños, quedaban al descubierto.

Era Yum Yum, la verdadera dueña de La Cola del Dragón. Dominaba por completo al viejo Lin Shay Shu. Su fértil inteligencia encaminábase siempre hacia el Mal.

Todas las perversidades ideadas por aquél, Yum Yum las fomentaba con agrado, y la red de delitos que organizaba el oriental ella la extendía con frialdad sorprendente. Lin Shay Shu adivinaba en aquella criatura diabólica una fuerza de voluntad superior a la suya, y dejaba que le dirigiese con fácil sumisión.

—¿Qué hacer, Yum Yum? —preguntó, al darse cuenta de que se apartaba de la luz y lo apartaba a él también, como si recelase de algo.

En lugar de responderle, Yum Yum señaló al fondo del corredor, y dijo:

—Mira.

Lin Shay Shu miró para allá y esforzó la vista para ver.

—No veo nada —confesó.

Y era verdad; no veía nada. Solo sombras, obstinadas en desdibujar el contorno del corredor, en hacerle impenetrable la vista.

Oyó un susurro:

—Calla, Lin. You Thu Po nos espía. Sígueme.

Y se alejaron más allá todavía. Cuando Yum Yum comprendió que ya nadie podía oírles, preguntó:

—Dime, Lin; ¿qué querías?

Lin tragó saliva, se pasó la lengua por los labios y gruñó:

—Pienso que Sammy Silverman nos engaña. Es un bribón. Debemos obligarle a confesar dónde esconde el dinero de la vieja.

Yum Yum rió, divertida, de la indignación del propietario de La Cola del Dragón.

—Trabajo te ha costado llegar a esa conclusión, Lin —dijo—. Tu cabeza no rige todo lo bien que debiera regir. Vas haciéndote viejo.

Lin respondió con un bufido. Nada le irritaba más que le dijese que iba haciéndose viejo. Sobre todo, porque temía perder el amor de su Yum Yum.

Ésta no hizo caso de su mal humor. Añadió, orgullosa:

—Me he adelantado a tus pensamientos, Lin, y he saturado la habitación de Silverman con el soporífero que tan buenos resultados nos ha dado otras veces.

—No has debido hacer eso —gritó el chino—. Si Sammy lo sospecha, será capaz de matarnos.

Yum Yum lo miró con desprecio.

—¿También cobarde, Lin? Nunca creí que llegases a serlo. Terminarás por darme asco...

—¿Cobarde? —graznó él, rebelándose—. No, no soy cobarde. Es que tú no conoces bien a Silverman. Es cruel y vengativo.

Lin Shay Shu había perdido su oriental imperturbabilidad. Gesticulaba con la cara y con las manos. Yum Yum le hizo recobrar la tranquilidad con su fría mirada hipnótica.

—Calla, Lin, te van a oír —ordenó, cortante y autoritaria.

Lin Shay Shu se calló y dejó de manotear el aire. Respiraba fuerte. Después de un corto silencio, Yum Yum afirmó:

—Dentro da poco, Silverman estará a nuestra merced y averiguaremos la verdad de lo ocurrido. Si es inocente, mejor, creará haber soñado. Si ha mentido, nos apoderaremos del botín y

ya veremos lo que hacemos con él —terminó, dejando entrever una amenaza para el asesino de la vieja Si Wo Yong.

—¿Y si sospechara? —repitió, temeroso, Lin, no muy convencido de la eficacia del sistema empleado por Yum Yum.

Ésta lo miró con desprecio y acusó, aún más que nunca, aquel gesto indefinido que le hacía repulsiva a pesar de la delicadeza y perfección de las líneas de su cara.

—Imposible que sospeche —afirmó, rotunda—. Hace unos minutos soñaba despierto sobre la cama. He estado observándole mucho rato a través de la mirilla secreta. Luego he introducido la jeringa y esparcido el soporífero por la estancia. No se ha dado cuenta de nada. Continuaba soñando despierto cuando volví a mirar...

—Y si fuésemos a ver qué hace —sugirió Lin.

—Espera, hombre, espera, aún es pronto —le frenó ella—. La acción del soporífero no es inmediata y pudiera no estar bien dormido todavía. Además, debemos andar con cuidado. Desconfío de You Thu Po. Convendría librarse de él.

La vida de un ser significaba poco para Yum Yum. Por el contrario, Lin Shay Shu era, enemigo de resoluciones extremas. No porque le repugnase cometer un asesinato, sino porque temía las consecuencias que pudiese acarrearle. También él, como Silverman, experimentaba un profundo y temeroso respeto por la silla eléctrica.

Yum Yum insistía:

—You Thu Po es nuestro cómplice. Sabe todo lo ocurrido y fue él quien abrió la puerta a Silverman...

—Ya lo sé, no es menester que me lo recuerdes —saltó Lin—. Exige su parte del botín y se resiste a creer que la vieja Si Wo Yong fuese pobre, como afirma Silverman. En eso, piensa como nosotros, aunque está equivocado al asegurar que somos tú y yo quienes pretendemos quedarnos con lo suyo.

—Ya se lo daremos —amenazó Yum Yum, riendo—. Que no se preocupe.

—Luego hablaré con él —dijo Lin Shay Shu, tratando de suavizar aquel asunto.

—Sí, ya hablaremos con él. Hablaremos y algo más, si es menester...

Lin se hizo el distraído. «Yum Yum siempre pensando en hacer

daño a alguien». En eso, le daba ciento y raya a él. En eso y en otras muchas cosas. Para Lin Shay Shu, Yum Yum era una mezcla de ángel y demonio; pero la amaba con un amor senil y caduco. O quizá ni siquiera fuese amor aquello que sentía por ella, porque Lin Shay Shu nunca había amado a nadie. Yum Yum era joven y bonita, simplemente...

—Me parece que ya ha pasado bastante tiempo. ¿Quieres que veamos lo que hace Sammy? —propuso.

Accedió ella. Le cogió de la mano y le atrajo suavemente hacia sí.

—Vamos —dijo.

Fueron deslizándose silenciosos hasta el extremo del corredor. Una vez allí volvieron a detenerse. Yum Yum miró a todos lados, desconfiada. Nadie. Quizá lo del tonto de You Thu Po fueran solo figuraciones suyas.

Bien, adelante. Oprimió un botón disimulado en la pared. Saltó un muelle y se puso de manifiesto una pequeña manivela.

Yum Yum volvió a mirar en derredor y luego hizo girar la manivela. Poco a poco fue abriéndose una puerta. Aquella puerta daba a otro corredor sombrío y estrecho.

Lin Shay Shu y la muchacha pasaron allí. Cogidos de la mano, despacio, sin hacer ruido, llegaron al fondo del pasillo. Una puerta, baja y estrecha, les cerró el paso. Yum Yum corrió con suavidad, una estrecha mirilla metálica y miró por ella.

—Se ha dormido —afirmó a poco—. Ven, podemos entrar.

Empujó la puertecita, que se abrió sin ruido, como si hubiesen engrasado recientemente sus goznes y pasaron adelante. Al otro lado, una estancia baja de techo, estrecha y alargada, que recibía la luz por una especie de claraboya de cristal... Sammy Silverman dormía sobre un lecho de tablas, encima de un colchón sucio y roto y arropado con una sábana mugrienta. Aún se percibía en la habitación un olor extraño y adormecedor.

Lin Shay Shu le levantó un brazo y luego lo dejó caer. Silverman ni se estremeció. Sí, estaba dormido y tardaría bastante en despertar. Lin Shay Shu era desconfiado por naturaleza.

—¿Qué te creías? —le reconvino la muchacha, ofendida de que dudase de sus métodos.

—Siempre es mejor asegurarse de que uno pisa terreno firme —

sentenció él.

Sammy Silverman roncaba a más y mejor. Yum Yum y Lin Shay Shu comenzaron a buscar lo que ellos denominaban el tesoro de la vieja.

—Ahora nos cercioraremos si nos ha engañado o no. Ten cuidado de dejar todo igual que está —advirtió Lin.

Uno por un lado y la otra por otro anduvieron buscando por todos los rincones. Y resultaba curioso el contraste entre la belleza de la muchacha y la repulsiva fealdad del viejo. Sin embargo, sus rostros, fijándose bien, tenían una extraña semejanza: ese gesto característico que prestan a los humanos el vicio y la maldad. Además, ambos estaban compenetrados y unidos por un mismo lazo, por idéntico móvil: por la codicia.

Como nada encontrasen por allí, propuso Yum Yum:

—Vamos a registrarle. Tal vez lo lleve encima.

—Sí, vamos a registrarle —admitió Lin.

Le registró concienzudamente los bolsillos. Nada. Luego pasó a mirarle por entre las ropas.

—¿Qué, encuentras algo? —insistía Yum Yum, impaciente.

—Nada, pero... espera.

De repente, Lin Shay Shu lanzó un grito ahogado.

En el bolsillo interior de la americana de Sammy Silverman acababa de tocar algo parecido a un grueso fajo de billetes de Banco.

—¿Qué te pasa? —inquirió la muchacha.

Lin no contestó. Andaba tirando de aquello para afuera, sin acordarse ya de su temor de antes de que Silverman pudiera despertar. Al fin, logró sacarlo. ¡Billetes! Sí, eran billetes de Banco. Los ahorros de la vieja Si Wo Yong. ¡Cerdo de Silverman, pues no pretendía engañarles!

Lin Shay Shu reía contento, rio contento hasta que Yum Yum le arrebató el fajo de billetes de la mano.

—¡Una fortuna, es una fortuna! —exclamó, regocijada.

Los ojos de Lin Shay Shu chispeaban alegres. Sí, una fortuna, una fortuna. Con aquel dinero podrían dejar para siempre su mísero albergue de La Cola del Dragón y darse una vida de príncipes. Tonta de vieja, ¿para qué querría tanto dinero?

De pronto se acordó de Silverman y perdió la tranquilidad.

Temía que pudiera despertar de un momento a otro y sorprenderles allí.

—¿Y si despertase ahora? —insinuó.

—Tiene aún para una hora lo menos —respondió la muchacha—. No temas. Procuraremos que despierte lejos de aquí, a no ser que prefieras que continúe durmiendo para siempre...

Lin Shay Shu ya había pensado en semejante solución. Sí, tal vez fuese mejor que Silverman no volviera a despertar. Miró a Yum Yum y adivinó deseos homicidas en el brillo de sus ojos.

—Tienes razón, Yum —admitió—. Sammy, es muy peligroso e ignoro lo que haría al darse cuenta de esto.

Yum Yum entornó los ojos, Yum Yum siempre entornaba los ojos cuando iba a proponer algo trascendental. Dijo:

—Así, dormido, será fácil deshacernos de él. El tránsito hacia la eternidad, corto y suave...

Lin asentía con la cabeza. Lin solía asentir siempre en casos semejantes. Yum Yum introdujo la mano entre sus ropas y extrajo un pequeño puñal de afiligranado mango de nácar.

—Toma, Lin —se lo ofreció—. Cuando antes acabemos, mejor.

Lin Shay Shu cogió el puñal y lo miró muy fijo. Le temblaba la mano.

—¿Tienes miedo? —preguntó Yum Yum, irónica.

—No, no tengo miedo.

Lin Shay Shu se acercó resueltamente a Silverman. Tenía miedo, sí, pero había que hacerlo, era necesario matar. ¿Necesario? Naturalmente, ella lo había dicho, ella lo había ordenado. Levantó la mano para herir y el puñal recibió la luz de la claraboya. Brillaba igual que los ojos de Yum Yum...

Así, con la mano en alto, Lin Shay Shu dudaba. ¿Por qué? El bien lo sabía. Matar no significaba nada en absoluto, sino lo otro, que luego la Policía...

—Vamos, Lin, ¿no te atreves?

Era Yum Yum, ella, como siempre, incitándole a llegar cada vez más lejos.

—Sí, claro que sí —murmuró él.

Pero antes, instintivamente, miró hacia donde habían dejado el fajo de billetes. ¡Eh! ¿Qué era aquello? ¿Dónde estaban? Alguien los había cogido. Lin Shay Shu dejó tranquilo a Silverman.

—El dinero, ¿dónde está el dinero? —gritó, exasperado.

Más amarillo que nunca, más tembloroso que nunca, se acercó a la muchacha y pidió:

—Dámelo. Has sido tú. ¿Dónde lo tienes?

Ella, por su parte, abrigaba idénticas sospechas de él. Furiosa, se abalanzó sobre Lin y pidió:

—Deja ese dinero. Es de los dos.

Lin Shay Shu rio con risa histérica, nervioso, ante lo que suponía desfachatez de la muchacha.

—Muy gracioso —farfulló—. Eres tú la que lo has tomado y tienes el atrevimiento de recriminarme...

Yum Yum lo miró de arriba abajo, apretando los puños.

—Suelta eso —habló dejando resbalar las palabras lentamente—. Saca pronto el dinero de la vieja o quédate con él, como prefieras. Ya sabes que puedo perderte con una sola palabra...

A pesar del dominio que ejercía sobre él, Lin Shay Shu no pudo soportar su injusta acusación. Brusco, brutal, la aferró por los brazos y la zarandeó, gritando:

—¡Eres tú quien quiere robarme! ¡Te mataré, te mataré!

Una espuma blanquecina le resbalaba de la boca.

Yum Yum se soltó de sus manos y retrocedió atemorizada. Lin Shay Shu seguía gritando, dominado por la ira y la codicia:

—¡Dame el dinero!

Por primera vez en su vida, Yum Yum sentía algo parecido al miedo. Jamás había visto a Lin Shay Shu de aquel modo. Siempre fue sumiso y dócil a sus mandatos. Capaz sería de matarla si se dejaba coger de nuevo.

Corrió hacia la puerta y la empujó con todas sus fuerzas; pero estaba cerrada y era imposible abrirla desde dentro. Entonces cayó en la cuenta de que la habían dejado abierta al entrar en la habitación. Sí, estaba segura de ello. Torró a empujarla y otra vez resistió sus intentos. Les habían encerrado. «¿Quién puede haber sido?», se preguntó, angustiada. Súbitamente, un nombre vino a su memoria: You Thu Po.

—You Thu Po, eso es —exclamó.

—¿Qué dices de You Thu Po? —preguntó el chino, desistiendo de atraparla, al comprender que algo y nada bueno por cierto ocurría.

—Que You Thu Po nos ha traicionado.

La cólera que dominaba a Lin Shay Shu le desapareció de repente. «¿Qué You Thu Po les había traicionado?». Yum Yum se le acercó y se refugió en sus brazos. Estaba a punto de llorar.

—Han cerrado la puerta —confesó—. Y el mismo que lo ha hecho nos ha quitado el dinero. Tiene que haber sido You Thu Po, o quién sabe si alguien capaz de enviarnos a la silla eléctrica...

¡La silla eléctrica! Siempre la silla eléctrica, la obsesionante pesadilla de los enemigos de la Ley. La visión que se les presenta a aquellos que solo piensan en las consecuencias del mal después de haber cometido el delito.

Lin Shay Shu se desasíó, incrédulo, de los brazos de la muchacha y empujó la puerta. En efecto, estaba cerrada, y bien cerrada. Un temblor convulsivo le estremeció. Acababa de recordar de nuevo lo de la silla eléctrica. Como loco volvió a intentar abrir la puerta una y otra vez, vencido por el terror. Terminó sangrándole las manos.

—La echaremos abajo con la ayuda de Silverman, si es preciso —dijo.

Yum Yum no decía nada. Simplemente, escuchaba el ruido aquel del otro lado de la puerta.

Entonces fue cuando alguien, que debía andar por el pasillo, les advirtió:

—Es inútil que intentéis escapar. Dentro de poco abriremos la puerta para que salgáis... acompañados.

Yum Yum se acurrucó en un rincón. Lin Shay Shu dejó de empujar la puerta. ¿Para qué? El espíritu fatalista de su raza les había vencido. Lin Shay Shu volvió a convertirse en el hermético chino de rostro acartonado, impenetrable como su mismo pueblo.

Y los dos, uno al lado del otro, silenciosos, inmóviles, esperaron los acontecimientos impasibles, junto al hombre al que un momento antes estuvieron a punto de asesinar.

Sammy Silverman dormía tranquilo y ajeno a lo que le esperaba cuando la puerta se abrió lentamente...

No existe publicación ilustrada más popular que

AVENTURAS DEL F. B. I.

Y tampoco logran igualar el interés de

JEQUE BLANCO

Unicamente puede comparárseles con ella, otra nueva
creación de EDITORIAL ROLLAN

MENDOZA COLT

El famoso aventurero de sangre hispana, que recorre
el salvaje y peligroso Far-West para cumplir una misión
justiciera.

¡TODOS LOS JOVENES COLECCIONARAN

MENDOZA COLT!

VI



E duró poco el desvanecimiento. Sin embargo, cuando recobró el conocimiento, Sammy Silverman ya no estaba allí. ¡Qué fatalidad el haber tropezado con el encintado!

De todos modos habría de dar gracias a Dios porque Silverman le había dejado con vida.

Coswey se recobró enseguida gracias a su fuerte constitución física, y siguió buscando a Silverman. Tenía la seguridad de que se había ocultado en el barrio chino y decidió hacer lo posible y hasta lo imposible para encontrarle.

Pasó la noche visitando los lugares sospechosos: tabucos infectos con el pomposo nombre de hoteles, fumaderos clandestinos de opio, lupanares de la más baja estofa. En fin, todos aquellos sitios donde un individuo de la catadura moral de Sammy Silverman pudiera

haber buscado asilo.

Pero sus investigaciones dieron un resultado negativo: Sammy Silverman no aparecía por lado alguna. Muy de mañana ya, Coswey se retiró a su casa rendido, aunque abrigando la convicción de que Silverman estaba en el barrio chino y de que no se atrevería a abandonarlo sabiendo que lo buscaba el

F. B. I.

A la noche siguiente tuvo lugar el asesinato de la anciana Si Wo Yong. Coswey creyó ver cierta relación entre Silverman y aquel crimen. Sammy Silverman estaba acorralado y necesitaba dinero para escapar de los Estados Unidos. ¿Por qué no podía haber sido él el asesino de la anciana, movido por su afán de lucro?

Tales reflexiones le llevaron a buscar a Silverman con más ahínco por el barrio chino. Incansable, recorrió una y otra vez sus estrechas callejuelas pobladas de sucios chiquillos y perros famélicos que se revolcaban entre los detritus y los desperdicios de las comidas.

Trabajó él solo, por su cuenta, mientras la Policía local se dedicaba a buscar las huellas del asesino.

Y también empezó a perder las esperanzas de encontrar a Sammy Silverman. Los chinos, herméticos, fríos y calculadores, enemigos de la Ley en su mayoría, procuraban amparar al asesino en la medida de sus fuerzas.

Habló con Cian Kay Fu, el sobrino de la mujer asesinada, y éste fue el único que le aportó alguna luz a aquel asumo. Mucho no sacó en limpio, aunque sí confirmó sus sospechas de que el criminal era Sammy Silverman. Las señas del hombre que vio atravesar la tienda corriendo coincidían en un todo con las de Silverman: alto, flaco y curvado de espaldas. Sí, el asesino de la vieja Si Wo Yong había sido Silverman. Ahora que ¿dónde se había metido?

Otro dato que le facilitó Cian Kay Fu fue lo de You Thu Po, el criado chino de Lin Shay Shu. A nadie le contó la visita de su amigo a la tienda la tarde anterior al crimen o si se lo contó a alguien no prestaron demasiada atención a aquel detalle. El agente especial Coswey le prestó una atención extraordinaria.

—¿Dices que se marchó sin despedirse de ti?

Cian asintió a la pregunta del agente especial y cayó también en la cuenta de que You Thu Po no debía ser ajeno al asesinato de su

tía. Ahora que no fue You Thu Po a quién vio salir corriendo después del crimen.

—Eso no importa —aclaró Coswey—. Seguramente se había ido ya cuando tú saliste de la trastienda. Alguien tuvo que abrir la puerta al asesino, ¿no crees?

Cian estaba de acuerdo: alguien tuvo que abrir la puerta al asesino, naturalmente. Ahora que You... Le costaba trabajo hacerse a la idea de que su amigo You Thu Po estuviese complicado en aquello. Cian Kay Fu era un buen chico y no le cabía en la cabeza que su amigo You se hubiese portado con él de ese modo.

—Yo creo...

—Tú no crees nada —le atajó el agente especial—. Esto que me has contado debe quedar entre nosotros. Hablaré con tu amigo You Thu Po.

Y se fue de allí. Cian Kay Fu se quedó entre sus Budas y sus idolillos moviendo la cabeza dubitativo. ¿Sería cierto que You, su viejo amigo You Thu Po, estuviese de acuerdo con el asesino? Si no fue él, ¿quién abrió, entonces, la puerta al criminal?

Al agente especial Coswey lo conocía You Thu Po, el criado chino de Lin Shay Shu. Y como le vio venir de la tienda de mamá Si Wo Yong, los pelos se le pusieron de punta.

Su primera intención fue seguir donde estaba: en el umbral de La Cola del Dragón y hacerse el distraído. Pero ¿cómo hacerse el distraído cuando el miedo le pinchaba y una fuerza irreprimible le incitaba a salir corriendo?

No, no miraba de frente al agente especial. Lo miraba de reojo. Venía hacia allí, en su busca. ¿En su busca? A You Thu Po los pelos se le pusieron más de punta. Calor y frío corriéndole por el cuerpo.

El agente especial cruzaba ya la calle. Apenas les separaban unos pasos cuando You Thu Po decidió quitarse de en medio. Hizo lo peor que pudo hacer: correr.

Naturalmente, Coswey corrió también. You Thu Po corría como un gamo; pero el agente especial pronto le dio alcance. You Thu Po se sintió atrapado por el cuello.

—¡Alto ahí, muchacho!

Nunca se le habían abierto los ojos tanto a You Thu Po como entonces, y tampoco había temblado nunca como en aquella ocasión, a excepción de cuando oyó gritar a mamá Si Wo Yong la

noche en que la asesinaron. Creyéndose perdido, tartamudeó:

—No he sido yo, no he sido yo.

Aquello significaba ya algo. Una voz interna aconsejaba al agente especial que continuase por aquel camino, que estaba sobre la pista verdadera. Su voz se tornó más fuerte, más segura, más autoritaria:

—Si no has sido tú, ¿quién ha sido entonces? —le instó a confesarse, sin soltarle—. Vamos, habla, o ya sabes lo que te espera: un calabozo y después la silla eléctrica.

You Thu Po parecía a punto de desmayarse. Él no quería ir a la silla eléctrica; él no había asesinado a mamá Si Wo Yong, deseaba vivir muchos años. ¿Por qué habría de ir a la silla eléctrica? Pero tampoco se atrevía a hablar. Detrás de todo aquello estaban Lin Shay Shu y Yum Yum. Nunca le perdonarían su traición.

—¿Qué, hablas o no? Ya sabes lo que te espera si callas. ¿Dónde estabas cuando lo de la vieja Si Wo Yong? —apremió el agente especial.

—Yo no he sido —gimió el oriental, dejándose caer de rodillas al suelo—. Pregúnteselo a mi amo, a Lin Shay Shu.

¿Lin Shay Shu? Coswey recordó al viejo chino de largos bigotes tras el que andaba la Policía hacía tiempo, sin poderle probar los numerosos delitos que se le achacaban.

—Entonces, ha sido él, ¿verdad? —insistió, seguro de que pisaba terreno firme—. Habla, es lo mejor que puedes hacer. De ese modo te librarás de la silla eléctrica.

A You Thu Po ya no le importaba delatar a su amo. Ante todo, salvarse él. En el fondo odiaba a Lin Shay Shu y no habría dudado en matarle; pero aquello era mucho mejor. Los del

F. B. I.

se encargarían de llevarle al lugar donde le correspondía terminar sus días. Realmente, había sido un ciego instrumento del propietario de La Cola del Dragón, sin recibir a cambio más beneficios que la escasa e inmundada comida y un duro lecho que había de compartir con, ratas y chinches.

A pesar de todo, no se decidía a hablar por temor a las represalias de Lin Shay Shu.

—¿Prefieres la silla eléctrica?

A la nueva mención del odioso artefacto, You Thu Po decidió

dar de lado a sus temores, y pidió:

—No dirá usted que he sido yo quien se lo ha contado, ¿verdad? Coswey afirmó con la cabeza para tranquilizarle, y añadió:

—Te lo prometo.

You Thu Po pareció tranquilizarse un tanto, y dijo:

—El viejo Lin fue quién planeó el asesinato de mamá Sí, y el otro la mató. A mí no me han dado ni un dólar de lo que robaron.

Coswey sonrió satisfecho: «Lin Shay Shu planeó el asesinato, y el otro mató a la anciana». Ese otro no podía ser nadie más que Silverman. Iba sobre seguro.

—Condúceme junto a tu amo —ordenó al chino.

You Thu Po no se dio por aludido. Aquello era demasiado. Si Lin Shay Shu les veía juntos se figuraría lo ocurrido, y entonces...

Pero el agente especial conocía perfectamente la psicología de la raza amarilla. Repitió, en un tono que no admitía réplica:

—Llévame junto a tu amo, si no creeré que eres tú el criminal, y ya puedes figurarte lo que te espera en ese caso...

En vista de tan perentoria conminación, el chino ya no dudó. Ante todo su pellejo.

—Venga conmigo, sígame —pidió—. Pero es necesario que andemos con cuidado. Yum Yum vigila y desconfía de mí.

—¿Yum Yum? ¿Quién es?

El oriental miró al agente especial con extrañeza, como si no concibiese que pudiera desconocer la existencia de Yum.

—Yum Yum es la esposa de Lin Shay Shu —aclaró—. Es mala, muy mala. Desconfía siempre. Venga...

Coswey le siguió, receloso. De tipos como aquél podía esperarse cualquier cosa. Antes de continuar adelante le advirtió, poniéndole el cañón de la pistola en los riñones:

—No olvides que a la menor sospecha de traición que tenga de ti te mandaré al infierno...

You Thu Po tembló, atemorizado. Experimentaba un gran respeto por las armas de fuego.

—Confíe en mí, no le traicionaré —tartamudeó.

De ese modo, Coswey y el chino entraron en La Cola del Dragón y llegaron al extremo del corredor en el momento que Lin Shay Shu hablaba con Yum Yum. Avanzaban pegados materialmente a la pared, y las sombras les protegían de las vigilantes miradas de la

china. Luego vieron cómo giraba la manivela y se perdían al otro lado de la puerta secreta.

Silenciosamente, se acercaron hasta allí. La puerta estaba abierta. Todo Aparecía ponerse a su favor. Coswey miró hacia el interior y vio un estrecho corredor. Al fondo, otra puerta, abierta de par en par.

Transpuso el umbral de la primera sin soltar a You Thu Po y se acercaron a la habitación sin hacer ruido. Dentro de la estancia, una joven china y Lin Shay Shu registraban a un hombre que parecía dormido, sobre un camastro.

Coswey empujó a You Thu Po para que siguiera andando y acabaron colocándose junto a la puerta, amparados en las sombras. Desde allí podían ver perfectamente lo que hacían Lin Shay Shu y la china sin que les vieran a ellos.

De pronto, Lin Shay Shu mostró un grueso fajo de billetes y gritó alegre. La china se los arrebató de las manos. Después los dejaron sobre la mesa.

La mesa estaba muy cerca de la puerta, tan cerca, que Coswey solo tuvo que estirar el brazo y el fajo de billetes pasó a su poder, sin que Lin Shay Shu ni Yum Yum se diesen cuenta de la maniobra. A continuación, despacio, muy despacio, empujó la puerta hasta cerrarla.

Ya tenía prisioneros a los asesinos de la anciana Si Wo Yong. El fajo de billetes constituía la prueba del delito.

Quiso ver su reacción cuando se diesen cuenta de lo ocurrido y esperó, espiándoles por la mirilla. Vio cómo Lin Shay Shu levantaba el puñal para herir a Silverman; más comprendió que no llegaría a matarle. Era demasiado cobarde para ejecutar semejante acción. Luego vio forcejear y discutir a Lin Shay Shu con la muchacha cuando comprobaron la desaparición del dinero. ¡Buena pareja se habían juntado!

Por último, les dijo aquello de «¡Es inútil que intentéis escapar!...».

Después se hizo conducir por You Thu Po al despacho de Lin Shay Shu, desde donde telefoneó a la Seccional del F. B. I.

El inspector Kinley se puso al aparato.

—Aquí, el agente especial Coswey —gritó, gozoso—. Inspector:

¿quiere enviarme a La Cola del Dragón un coche con varios agentes? Acabo de conseguir una buena presa...

—¿Qué presa es ésa? —preguntó el inspector, intrigado.

—El asesino de la anciana. Sí, Wo Yong y sus cómplices.

—¿Y qué tenemos que ver nosotros con eso? Ese crimen es cosa de la Policía local. Coswey: usted acabará metiéndonos en un lío...

—Nada de eso, inspector. ¿A que no se figura quién es el asesino de la china?

Naturalmente, el inspector no se figuraba quién era el asesino de Si Wo Yong. Se lo aclaró el agente especial:

—Da la casualidad de que he matado dos pájaros de un tiro —aseguró, enfático—. El asesino de la china está íntimamente relacionado con el atraco al National Bank; es...

—¿Sammy Silverman? —saltó el inspector.

—Él mismo —aseguró Coswey—. ¿Qué, me envía ahora ese coche?

Claro que se lo envió. No habían transcurrido cinco minutos cuando un automóvil se paraba ante la puerta de La Cola del Dragón. Pero no un automóvil cualquiera: un seguro y resistente coche celular.

Los chiquillos que andaban por la calle cesaron de corretear para meter las narices donde nadie les llamaba. Mujeres harapientas y hombres andrajosos asomaron la cabeza por las ventanas, cuchicheando, y un buen número de curiosos se agolpó cerca de allí.

—Seguidme —pidió Coswey a sus compañeros, recién llegados.

Le siguieron y atravesaron el largo corredor. Luego, el otro más estrecho. Antes de entrar en la habitación secreta observó, por la mirilla, lo que ocurría dentro: Yum Yum continuaba acurrucada en un rincón y Lin Shay Shu, sentado en un taburete, tenía la vista fija en el suelo. Sammy Silverman se encontraba todavía bajo los efectos del soporífero.

Coswey abrió la puerta e irrumpió en la habitación con los demás agentes.

Yum Yum y Lin Shay Shu levantaren los ojos a ellos.

—Vamos, arriba —ordenó Coswey.

Lin Shay Shu se dejó esposar sin que se le contrajera un solo músculo de la cara. Yum Yum, por el contrario, se levantó de un

salto y acometió a los agentes especiales que pretendían conducirla al coche celular. Éstos se vieron precisados a reducirla por la violencia.

A Sammy Silverman lo llevaron al coche sumergido todavía en un profundo sueño, que cuidaron de no interrumpir.

Luego, de allí a la Seccional del Federal Bureau of Investigation, donde se apresuraron a alojarles debidamente hasta su traslado a la cárcel.

A Silverman lo encerraron solo en un calabazo y le dejaron acostado en una hamaca. Al desaparecer los efectos del narcótico comenzó a dar vueltas en la improvisada cama. A renglón seguido abrió los ojos.

Al principio no se dio cuenta de dónde estaba. Luego, cuando vio los barrotes de la reja, en vez de la puerta de su habitación, soltó un taco. ¿Estaría dormido aún?

Saltó de la hamaca y se acercó hasta la reja. Sí, aquello era la reja de un calabozo. Palideció. ¿Cómo no estaba ya en La Cola del Dragón? ¿Qué había sucedido? Volvió a restregarse los ojos con los puños, por si soñaba. Pero no, estaba despierto y bien despierto.

Trató de recordar, y de lo único que se acordaba era de que le entró sueño y se quedó dormido. ¿Por qué le habían arrestado? ¿Sería que habían averiguado lo de la vieja?

Al llegar a este punto de sus meditaciones se palpó la americana. ¿Y el dinero? Tenía que tenerlo allí, pero no estaba. Alguien le había registrado mientras dormía. Los billetes constituirían una prueba de su crimen. Pero si no los tenía encima, si habían desaparecido, ¿cómo iban a acusarle del asesinato de la anciana Si Wo Yong? Negaría siempre, puesto que no existía acusación directa alguna contra él.

Poco a poco fue recobrando la confianza en sí mismo. Su arresto no podría ser mantenido indefinidamente. Pronto recuperaría la libertad.

Pensó en su novia, en Lilian Milton. La prometió llamarla por teléfono y todavía no la había llamado. Claro que ¿cómo iba a llamarla ahora? ¿Por qué se le habría ocurrido aceptar la propuesta de Lin Shay Shu?

Las ideas se superponían unas a otras, vertiginosamente, en su cerebro. ¿Qué pensaría el jefe cuando regresara a Chicago?

¿Querría ayudarlo?

Repentinamente se le vino a la cabeza la idea de que alguien le había traicionado. Si no, ¿cómo habrían descubierto su escondite?

—¡Lin Shay Shu! —exclamó—. Le mataré cuando salga de aquí...

—¿A quién vas a matar, Sammy?

Se quedó cortado al oír aquella voz. Tras la reja se perfilaba, maciza, la corpulenta figura del agente especial Coswey.

Silverman se olvidó de Lin Shay Shu y avanzó hacia el agente especial con los puños en alto.

Coswey repitió la pregunta, esta vez con cierta inflexión de ironía en la voz:

—¿A quién vas a matar, Silverman?

Silverman lo miró con los ojos entornados, un gesto característico en él, y la boca torcida.

—A usted, Coswey —aseguró—. Procure que termine mi vida en la cárcel si quiere que la suya sea larga —amenazó, cogiéndose a los barrotes de la reja.

Coswey no se afectó lo más mínimo por semejante amenaza. Estaba acostumbrado a las violentas reacciones de los delincuentes.

—Mal camino es ése, Silverman. No me asustan tus bravatas, ya lo sabes. Yo defendiendo la Ley y la Justicia y combato el delito. Es mi deber. Poco a poco irán cayendo los que hacen del crimen y del robo un medio de vida. Los que, como tú, son esclavos del delito...

—No hablaría así si estuviera yo libre —le interrumpió Silverman.

El agente especial no deseaba continuar tan desagradable conversación. ¿Para qué? Únicamente pretendía convencer a Silverman de que no escaparía aquella vez impunemente.

—Vamos, Sammy —dijo—. ¿Qué te he hecho para que te pongas así? Cada uno vamos por nuestro camino. Tú sigues el equivocado; yo, el recto. Tú representas el delito; yo, la Ley. Tú, el crimen; yo, la Justicia. Esta vez tendrás que pagar todas tus cuentas pendientes. Has obrado demasiado alegremente al asesinar a la anciana Si Wo Yong.

Hizo una pausa, que aprovechó Silverman para defenderse:

—Usted está loco. ¿Quién le ha dicho que he matado a la vieja?

Coswey tardó en contestar. En el fondo era un sentimental y

sentía una piedad infinita por los individuos como Silverman, a quienes la ambición, la codicia o cualquier otra pasión innoble conducían por los senderos sinuosos del delito.

—¿Qué quién me lo ha dicho? —contestó al fin—. Lin Shay Shu, que también está arrestado.

Silverman retrocedió unos pasos tambaleándose y acabó dejándose caer en la hamaca. Todo daba vueltas a su alrededor; el techo, las paredes, el suelo, el mismo agente Coswey. Por fin se había cumplido el presagio, la pesadilla que tuvo en casa de Lilian: las rejas de un calabozo le impedían salir a la calle. Ante su vista surgió la visión alucinante de la silla eléctrica.

Luego volvió a ponerse en pie y palpó las paredes y la reja. Coswey seguía mirándole desde fuera.

Sin embargo, la esperanza volvió a renacer en el corazón de Silverman: el jefe le salvaría. Por algo era su lugarteniente. Ya no pensaba en traicionarle. Todo lo contrario, consideraba que constituía su única esperanza de salvación.

Acabó tendiéndose de nuevo en la hamaca y hundió la cabeza entre las manos. ¿La vieja Si Wo Yong? ¿Por qué demonios no le dejó escapar, obligándole a matarla por su obstinación en defender su dinero? ¿Lin Shay Shu? ¡Menudo cobarde! Y Lilian, ¿por qué no la había llamado por teléfono? Seguramente estaría esperando que lo hiciese. Pero ahora no podía llamarla. Ahora estaba encerrado en un calabozo. Quizá no pudiese llamarla nunca más...

Escuchó atento. Hasta él llegaba el tecleo de una máquina de escribir. Quiso dejar de oírlo y escondió, aún más, la cabeza entre los brazos. Entonces volvió a pensar en Lilian Milton...

Entre tanto, el agente especial, sin preocuparse lo más mínimo de las amenazas de Silverman, habíase sentado ante una máquina de escribir y escribía. Realmente, disponía de poco tiempo para redactar el atestado que debería entregar a la superioridad.

A veces, un gesto de amargura le contraía el rostro y dejaba tranquila la máquina. Lo que escribía, la acusación contra Silverman. Jamás era demasiado duro con los desgraciados a los que la vida les llevaba por el camino del delito, Sin embargo, para Sammy Silverman no cabía apelación posible. Aun cuando el atestado se redactase exponiendo escuetamente los hechos, estaba condenado, de antemano, a morir en la silla eléctrica...

Evocativo es el título de nuestra Serie

WINCHESTER

porque recuerda la época turbulenta de la historia del Far-West. En estas novelas se plasman argumentos interesantes y de ritmo dinámico protagonizados por hombres que sabían enfrentarse a la muerte con una sonrisa o un gesto de desafío.

WINCHESTER

es el prototipo de las mejores novelas de *cow-boys*.

VII



UBO quién se alegró y también quien lamentó la detención de Silverman. Tan importante noticia tardó bien poco en conocerse en los lugares donde solían reunirse los personajes de su calaña.

Mike Rusik, uno de los lugartenientes del jefe de la banda a la que pertenecía Sammy Silverman, y al tiempo gerente de La Alhambra —sala de fiestas y refugio de hampones todo en uno—, fue de los que se alegraron por lo sucedido. El librarse de Silverman constituía uno de sus más fervientes deseos. Comenzaba a hacerle sombra.

Rusik hallábase sentado a la mesa de su despacho cuando recibió la noticia. Para celebrarla encendió un descomunal habano.

—¡Vaya, vaya, el bueno de Sammy en las garras del

F. B. I.,

y, además, atrapado por Coswey! ¡Quién iba a decirle que al final le echaría mano ese agente especial!

Rusik, como muchos, tenía la mala costumbre de hablar solo, a la vez que accionaba vigorosamente con las manos, como si se encontrase ante un nutrido auditorio.

—Querido Silverman, me alegro de lo sucedido —continuó su monólogo—. ¡Habrás que ver la cara que tendrás a estas horas!

Y rio a carcajadas de muy buena gana, con fuertes sacudidas de la barriga. Luego, de repente, se puso serio.

—Pero y el jefe, ¿qué pensará de todo esto? —se preguntó.

Verdaderamente, el delito por el que habían arrestado a Silverman nada tenía que ver con la banda; sin embargo, su detención podría causarles graves perjuicios si se iba de la lengua.

—¿Qué hará el jefe cuando se entere? —Siguió, preguntándose en voz alta. Si le abandona, será condenado irremisiblemente. Más su caso es delicado: le acusarán del asalto al New Wallace Bank y de los homicidios del National Bank, cosas que tienen mucho que ver con todos nosotros.

Meneó la cabezota, dubitativo, y resumió:

—Mal asunto, malo.

A renglón seguido se quitó el cigarro de la boca, se mojó los labios con la lengua y se atusó el corto flequillo con las manos, regordetas y peludas.

El asunto de Silverman acabó preocupándole. Pero él no podía adoptar resolución alguna sin que lo ordenase su jefe, que estaba para llegar de un momento a otro a Chicago. Aunque quizá se encontrase ya en la ciudad, de regreso de Palm Island.

—Mal asunto —repitió.

En ésas estaba cuando sonó el teléfono. Llevó la mano al auricular.

—¿Quién?

—¿...?

—¡Ah! ¿Eres tú? ¿Ya estás de vuelta?

Le llamaban desde el 2140 de la Michigan Avenue, donde el jefe tenía establecidas sus «oficinas comerciales».

—Ahora mismo voy. Te esperábamos para ver qué hacíamos...

Reunión extraordinaria y urgente de la plana mayor de la banda.

El jefe había llegado. Iban a tratar del caso Silverman.

Mike Rusik saltó de la silla y atravesó el despacho con rapidez. Era un tipo más bien bajo y regordete. La americana, demasiado estrecha, abultaba sus ampulosas caderas. Los cortos pantalones y los zapatos de charol contribuían a hacer de él un personaje sumamente ridículo, aunque presumía de elegante. También en eso se parecía a muchos que andan por ahí...

Música y voces alegres se metieron, de sopetón, en el despacho al abrir él la puerta. El salón de baile de La Alhambra hallábase en todo su apogeo a aquellas horas. Modistillas y obreros, mecanógrafas y empleados que buscaban el medio de solazarse en aquel lugar donde, a pocos pasos, se tramaban los más horrendos crímenes y las más terribles venganzas.

Mike Rusik salió del establecimiento por la puerta de escape.

Minutos después llegaba delante del 2.1.40 de la Michigan Avenue, donde le esperaba el jefe. Sin detenerse, se hizo conducir al octavo piso en el ascensor, y penetró, sudoroso, en una habitación de grandes dimensiones y ventanales a la calle. En medio de la habitación había cuatro pupitres sobre los que descansaban voluminosos libros de contabilidad. Además, había sillas y otras mesas de trabajo. Era la sección de contabilidad de las «oficinas comerciales» del jefe.

Este hallábase sentado en un sillón giratorio, ante un libro abierto, y un hombre le explicaba las operaciones realizadas durante su ausencia de Chicago. Sin embargo, no parecía prestar demasiada atención a tales explicaciones. Al oír las pisadas de Rusik levantó la cabeza, con viveza.

—¡Ah! ¡Mike! Acércate.

—¡Hola! ¿Cómo te ha ido por Palm Island?

—Bien, muy bien; ya sabes la satisfacción que me produce encontrarme entre los míos.

Aquel hombre sentía un amor entrañable por su familia: su anciana madre, su mujer y, especialmente, su hijo, todavía un niño, a quienes procuraba rodear de las mayores comodidades. Lo que no era obstáculo para que la vida de los demás le tuviesen sin cuidado.

—Pero cuéntame —añadió—. ¿Qué ha pasado durante mi ausencia? Gucick ya me ha hablado de lo del National Bank. Quiero que me expliques lo del asesinato de esa vieja china. ¡Animal de

Silverman!

Rusik se dejó caer en una silla, se pasó un pañuelo por la frente para limpiarse el sudor y comenzó a exponer lo que sabía del caso Silverman.

El otro le escuchaba sin interrumpirle. Únicamente fruncía las cejas de cuando en cuando. Al terminar de hablar Rusik, se levantó del sillón y paseó por la habitación con las manos a la espalda. Luego se paró de repente. Colérico, gritó:

—Primero, lo del National Bank, y luego, lo de la vieja. ¡Ese Silverman es un animal!

—Sí, es un animal —asintió Rusik.

En el fondo, a ninguno les importaba que Sammy Silverman sufriera las consecuencias de sus crímenes; pero temían que el asunto pudiese tener otras derivaciones perjudiciales para ellos.

—Dime, Gucick: ¿qué piensas de todo esto?

El llamado Gucick, un hombre alto, malcarado y de recia contextura, levantó la cabeza del libro que examinaba con atención.

—¿Qué decías? —preguntó, distraído.

—Que qué piensas de lo de Sammy Silverman.

Gucick meditó largamente su respuesta. Al fin, dijo:

—Pues creo que no nos conviene que se vea ante un jurado. Podría hablar demasiado, si no ha hablado ya...

—¿Entonces?

—Entonces, lo mejor es sacarle de entre las garras del

F. B. I.

—¿Sabes lo que ha declarado? —preguntó el jefe, dirigiéndose a Mike Rusik.

—¿Cómo quieres que lo sepa? A ver quién es el guapo que mete la nariz en el

F. B. I.

—replicó Rusik—. Sin embargo, estoy seguro de que Silverman tardará en delatarnos, a no ser que le aprieten mucha las clavijas. Esperará nuestra ayuda...

—¿Nuestra ayuda? Sí, tenemos que ayudarle antes de que sea demasiado tarde. Busca a los muchachos. Se me ha ocurrido una idea. Si alguna ocasión hay de sacarle de entre las garras de los del

F. B. I.

ha de ser cuando le trasladen a la cárcel. ¡Vamos, busca a los

muchachos!

Rusik dio un salto en el asiento y salió de estampida de la habitación a cumplir lo que le ordenaban.

Gucick volvió a sus cuentas. El jefe se acercó al amplio ventanal y se recostó en el alféizar. Habíase olvidado ya de Silverman, que esperaba, en aquel momento, su valiosa ayuda. Sonreía, recordando los días pasados junto a los suyos, las horas felices en su hermosa finca de Palm Island navegando por el lago de aguas azules como los ojos de su hijo y de su mujer. ¡Su hijo y su mujer! Por ellos ambicionaba llegar a dónde nadie había llegado aún. Serían reyes en una nación sin realezas. Chicago entero se postraría a sus pies.

Su ojos brillaban de ambición, una ambición sin límites, una codicia sin igual... En eso se parecía a Silverman.

Gucick andaba dando vueltas al libro de contabilidad.

Sin embargo, el jefe no se olvidó de Sammy Silverman. Le importaba mucho sacarle de entre las garras del

F. B. I.,

como decían. Silverman sabía demasiado, y si le obligaban a hablar, todos sus proyectos se vendrían abajo. Había que salvarle, al menos de momento. Luego ya vería lo que hacían con él.

Cuando regresó Rusik con los «muchachos», el jefe les dio las oportunas instrucciones. Rusik se encargaría de dirigir la operación. Rusik tenía bastante más masa gris en la sesera que el idiota de Silverman.

No fueron menester muchas explicaciones. La cosa iba a resultar sumamente fácil si actuaban con aplomo y sangre fría.

—Sí, jefe —asentía Rusik.

—Sí, jefe —asentían también los «muchachos».

Y fueron allá. Con un par de automóviles, suficiente. Bueno, con un par de automóviles y seis fusiles ametralladores, uno por barba. ¡Y Rusik y sus muchachos manejaban a las mil maravillas tales artefactos!

Claro que antes se enteraron de que a Sammy Silverman se lo llevarían aquella mañana a la cárcel, y que la hora del traslado sería a las doce.

Y a las doce de la mañana estaban ya preparados los dos automóviles, con los hombres dentro, en el lugar elegido para dar el

golpe. ¿Quién iba a figurarse que Sammy Silverman tuviese tanta importancia para sus compañeros de fechorías?

Allá iba, encajonado en el celular, camino de la cárcel, sin más compañía que su recelo y las hieles que le roían el alma. Por las estrechas rendijas del carruaje le entraba la luz y el aire. También el rumor del tráfico, los ladridos de los «cláxones», las voces de las gentes.

Una parada. Se figuró el disco rojo de las señales luminosas, al guardia con la mano en alto, a la gente corriendo para cruzar de acera a acera. Se lo figuró, y se preguntó si volvería a verlo alguna vez. Le dio frío.

Lo llevaban a la cárcel, aunque los del

F. B. I.

no habían conseguido sacarle una palabra del cuerpo. Claro que insistirían, volverían a la carga. «Tenemos testigos que te vieren en el asalto al National Bank», le habían dicho. Y cuando lo dijeron, sería verdad. La máscara que se le cayó. Una fatalidad. Sin embargo, no había hablado aún, y todavía podían pasar muchas cosas.

Ya estaban andando de nuevo. Se figuró la riada de automóviles corriendo, veloces, por la calzada, y a la gente transitando por las aceras.

¡Vaya, otra parada! ¿Qué ocurría ahora?

Escuchó algo más que el rumor del tráfico de la ciudad, que las voces de las gentes, que los ladridos de los «cláxones». Escuchó...

Sí, era el tableteo de un fusil ametrallador. De uno o de varios. Una bala atravesó la pared del coche celular. ¡Diablos! ¿Qué pasaba?

Iban a saltársele los nervios con la emoción. Acababa de comprender lo que sucedía. ¡Venían a salvarle! Se sintió personaje importante. Cuando hacían aquello era porque les interesaba. Hombres decididos, valientes e inteligentes como él no se encuentran todos los días por ahí.

—¡Bien sabe el jefe lo que se hace! —exclamó.

Entre tanto, la cosa seguía adelante. Habían transcurrido tan solo unos minutos desde la parada. No, unos segundos, que a Silverman se le figuraron una eternidad.

Ya no disparaban. ¿Qué había sucedido? ¿Seguiría ahora

andando el coche? ¿Habrían tenido que huir los suyos? Jamás Silverman pasó unos momentos más angustiosos.

Pero el coche no se ponía en marcha. Continuaba parado, y alguien hurgaba en la puerta. De pronto, se abrió ésta bruscamente y apareció Rusik ante su vista.

—Abajo, Sammy.

¿Había oído bien? Sí, aquél era Rusik y le había dicho que bajase, lo cual significaba que estaba libre, que había ganado la partida.

—Vamos, ¿eres idiota?

La puerta del coche celular, abierta; las calles, desiertas: Rusik, metiéndole prisas. Aquello significaba que había terminado la pesadilla de la silla eléctrica. ¡Libre! ¿Y el agente especial Coswey? ¡Qué cara pondría cuando se enterase de aquello! El jefe era un hombre de verdad, y Rusik y los demás muchachos... Claro que él se lo merecía. En el lugar de ellos hubiese hecho otro tanto.

Y saltó afuera. Los «muchachos» le esperaban ya en el coche, con las metralletas preparadas. ¿No salía humo todavía de sus cañones?

Nadie por las calles. Ellos solos. Un coche medio atravesado delante del celular, impidiéndole el paso aun cuando sabían que ya no iba a pasar, y el otro, desde el que Rusik le llamaba para que se diera prisa.

—Vamos, Silverman, corre.

Corrió. Pronto estuvo dentro del automóvil. Rusik hizo una seña a los del otro coche y ambos emprendieron la marcha a toda velocidad.

Allá quedó el coche celular parado, la puerta abierta y el conductor y los dos hombres de escolta como dormidos. Pero no dormían. Silverman los vio al pasar. No, no dormían, estaban muertos.

—¡Qué fácil ha sido! —comentó alguien.

—Sí —dijo Rusik.

Silverman les miró con gesto de asombro. ¿Fácil y habían tenido que morir tres hombres para salvarle a él? Bueno, después de todo, qué le importaba. Lo cierto que ya no le llevarían a la silla eléctrica y que el agente especial Coswey...

—¿Sabéis lo que os digo? —soltó, de pronto.

Ninguno se dignó contestarle. El conductor iba atento al volante,

y los otros, rumiando sus ideas.

Como nadie le contestara, continuó:

—Que el tipo ese de Coswey me las va a pagar, pero que muy pronto.

Rusik volvió los ojos a él y lo miró de un modo raro. No dijo nada, solo sonreír, una mueca que ni siquiera era sonrisa.

Ya todos habían escondido los fusiles ametralladores debajo de los asientos.

Aquella noche, la Prensa de Chicago vendría buena: «Audaz golpe de mano para libertar un asesino», «Los bandidos en acción», «Hay que adoptar enérgicas medidas para evitar...».

Silverman sonrió también al pensar en aquello, y se consideró más hombre importante que nunca.

VIII



NMEDIATAMENTE después de la detención de Sammy Silverman, el agente especial Coswey consiguió unos días de permiso para desplazarse a Nueva York. Andaba en trámites para casarse y tenía la novia allí.

Con el mismo motivo, sus superiores le felicitaron efusivamente, y quién sabe si aquello —lo de Silverman— no le valdría un ascenso a la larga.

Ahora caería todo el peso de la Ley sobre Silverman, que bien merecido se lo tenía. La acusación era clara y contundente. Aun cuando no había confesado su culpabilidad en los delitos que le achacaban, existían varios testigos de cargo: Lin Shay Shu, You Thu Po y Yum Yum, que declararon desde el primer momento contra él. Además, el hombre que lo reconoció cuando el asalto al National Bank. Tardaría varios días en ir a Chicago para declarar. Residía en

uno de los Estados del Sur y necesitaban avisarle antes. Bien; el asunto Silverman, concluido. Ahora a empezar con otro.

En ese estado de ánimo, Coswey regresó a Chicago después de su breve visita a Nueva York. Había visto a su novia y fijado el día de la boda para dos semanas después. Volvía contento. Por eso, el frío recibimiento del inspector jefe Kinley le sorprendió. Claro que al principio, ni se dio cuenta. Entró alegre, saludando a sus compañeros.

—¡Hola, Coswey! ¿Qué tal te ha ido por Nueva York?

—Magníficamente; figuraos que me caso dentro de quince días.

—Vaya, enhorabuena.

Era un hombre feliz en aquellos instantes. Lo fue hasta que a alguien se le ocurrió preguntar:

—¿No te has enterado de lo de Silverman?

—¿De lo de Silverman? ¿Qué ha pasado? Vamos, decídmelo.

Pero no se lo decían. Callaban todos, sumidos en un mutismo mucho más elocuente que las palabras.

Insistió:

—¿Tan grave es la cosa que no os atrevéis a decírmele?

A su pregunta le contestaron con otra pregunta:

—¿No has leído la Prensa estos días?

Cierto; no había leído un periódico en aquel tiempo. Bastante tenía con pasear con la novia, decirle cuánto la quería y hacer proyectos para el porvenir.

—No te va a gustar... —insinuó uno.

Y el inspector jefe acabó de aclarar la cosa:

—Se nos ha escapado.

—¿Qué se nos ha escapado?

Coswey no salía de su asombro. Aquello era inconcebible.

—¡Quién iba a figurarse lo que iba a ocurrir! —exclamó el inspector—. Les ha costado la vida a tres de nuestros hombres.

Coswey cerró los puños. Todos sus esfuerzos para detener a Silverman no habían servido de nada. Ahora habría que empezar de nuevo. El inspector jefe seguía hablando, como justificándose:

—Fue un ataque por sorpresa. Al volver una esquina, había un coche parado. El del celular tuvo que frenar bruscamente. Antes de que pudieran hacer uso de sus armas, les habían acribillado a balazos.

—¿Y quiénes fueron?

El inspector jefe se encogió de hombros.

—Nadie ha sabido darnos razón —dijo—. Ya sabes, en esos momentos... Además, parece ser que llevaban las caras tapadas con pañuelos. Lo cierto es que...

—¿Qué?

—Que seguimos como el primer día. De Silverman y de esos hombres, ni rastro...

Coswey ya no le escuchaba. Dio media vuelta y salió andando. Alguien le preguntó:

—¿Adónde vas?

—No lo sé —respondió, y siguió andando.

Cierto, ignoraba adónde iba. La liberación de Silverman significaba volver a comenzar la lucha sin cuartel, el despiadado combate que creía haber terminado ya con la victoria por su parte.

Ahora tal vez se convirtiese de perseguidor en perseguido. Sammy Silverman haría lo imposible para vengarse de él. Ya se lo prometió cuando lo detuvo: «Me las pagarás...».

En cualquier momento, de cualquier rincón, podría surgir la pistola homicida apuntándole a la cabeza. Conocía bien a las gentes de la calaña de Silverman. De los que jamás perdonan...

Salió a la calle sin saber adónde dirigirse. Por un momento se sintió débil para enfrentarse contra la organización criminal que extendía sus tentáculos a todos los lugares de la ciudad. Porque Silverman no era él solo. Detrás de él se escudaban otros, se escudaban y le apoyaban en sus fechorías. ¿Sería que habían vuelto a los tiempos del «gansterismo»? ¿Dónde estaría Silverman ahora? Tal vez espiando sus movimientos, siguiendo sus pasos, esperando la ocasión propicia para hacerle pagar las horas de angustia que le había hecho pasar detenido.

Pero Coswey no tenía nada de cobarde. Después de todo, aquello era algo que ocurría a diario. La eterna lucha entre los delincuentes y los encargados de perseguirles. Claro que ahora se habían cambiado las tornas. Silverman se amparaba en la impunidad del incógnito.

Llegó a la conclusión de que era preciso andar con cien ojos, prevenirse de una posible agresión y buscar el modo de herir primero cuando ésta se produjese.

No temía a Silverman. Lo único que le preocupaba era que le atacase a traición.

—Lo mejor será buscarle antes de que él me encuentre — decidió, monologando.

Mas ¿adónde ir en su busca? ¿Cómo averiguar dónde se había metido? Estaría escondido, sin duda, y le sería difícil encontrarlo.

A lo último, decidió regresar a su casa y comenzar las investigaciones al día siguiente.

A aquellas horas, las calles empezaban a despoblarse de gente. Solo de cuando en cuando pasaba, veloz, algún coche. Los viandantes marchaban presurosos. Únicamente los clubs de noche mostraban, provocativos, los anuncios de sus carteles luminosos, invitando a alargar las horas entre música alegre y burbujas de champaña.

Más el agente especial Coswey maldito si se fijaba en las gentes, en los anuncios luminosos ni en nada de cuanto le rodeaba. Seguía dando vueltas a lo suyo.

Cuando se metió en cama, experimentó una agradable sensación de paz y de bienestar. Y se confesó que había llegado a sentir algo así como miedo, temor a la traición, al ataque solapado del asesino suelto...

Después de todo, no era más que un hombre...

Durante la noche, tuvo tiempo de pensar mucho en aquello. Y repasando sus recuerdos, llegó a la conclusión de que Mike Rusik, según referencias, no andaba en buenas relaciones con Sammy Silverman, y que a pesar de ello, no sería difícil que aquél supiera el paradero de éste.

Para Coswey, Mike Rusik, el gerente de La Alhambra, era un tipo de la misma calaña de Silverman, ahora que con la única diferencia de que jamás le habían podido sorprender en alguna de sus fechorías. Sospechaba de él, sospechaba solo y por simples sospechas no se puede detener a nadie.

Durante la noche se le ocurrió llevar a cabo un plan que tenía bastante de descabellado, pero que podría darle buenos resultados si le salía bien.

Lo primero que hizo por la mañana fue afeitarse, vestirse e ir a La Alhambra.

Mike Rusik, que se encontraba detrás del mostrador repasando

unas cuentas, dio, un respingo y frunció las cejas al verle llegar. «¡Vaya, ya está aquí ése!», se dijo, malhumorado y hasta preocupado.

Sin embargo, pronto dominó sus nervios. Cambió el gesto de sorpresa y de odio por una sonrisa acogedora, y salió a su encuentro.

—Buenos días, señor Coswey —saludó, jovial—. Ya hacía tiempo que no teníamos el gusto de verle por aquí. ¿A qué se debe su visita?

Mike Rusik era un hombre educado cuando le convenía, y en aquella ocasión le convenía serlo. Los flácidos carrillos le resbalaban sobre el cuello de la camisa, y el barrigón le saltaba al hablar. Tendió la mano, pequeña y regordeta, al visitante. Coswey se hizo el desentendido, como si no lo hubiera visto.

Rusik retiró la mano, y refunfuñó:

—Bueno, da lo mismo.

Entonces, Coswey contestó a su pregunta:

—Venía dándome un paseo y no he podido resistir la tentación de entrar a este honrado establecimiento.

Rusik no pareció acusar sus burlonas palabras. Continuó con su amable y falsa sonrisa. Sin embargo, quiso mortificarle.

—Creí que no volvería usted por estos barrios, agente —dijo—. Pensé que le habrían dado un buen cargo después de su excelente servicio en el barrio chino.

A Coswey le molestaba que se burlasen de él, y más aún tipos como Rusik; pero como no deseaba pelear con él, sino que le sirviese de instrumento para sus planes, replicó:

—Los hombres que ocupan los altos cargos del

F. B. I.

poseen más méritos que yo. Lo que he hecho no tiene importancia.

—¿Cómo que no tiene importancia detener a Sammy Silverman?

—exclamó el gerente de La Alhambra. Yo...

—Bueno, dejemos eso —le interrumpió Coswey—. He venido aquí para hablar con usted de algo más importante —añadió, dando a su voz cierta inflexión misteriosa.

Rusik dejó a un lado el libro de cuentas, y le prestó atención.

—¿De algo más importante?

—Contra usted no tengo nada —prosiguió Coswey—. Nunca me

ha molestado ni yo quiero molestarle; pero hay otra persona a quién usted le estorba y quiere quitarle de en medio. La verdad, no me gusta que maten a la gente así, sin que...

—¿Quién es esa persona? —preguntó Rusik, interesado de repente.

Coswey miró a un lado y a otro para cerciorarse de que nadie le oía, y confesó, en voz baja:

—Silverman.

—¿Silverman? No me lo creo.

—Peor para usted si no se lo cree. Si le ocurre algo desagradable, no será porque no se lo advierto. De este modo, mi conciencia queda tranquila. Silverman está en libertad otra vez, y ha jurado que... Pero, bueno, si no quiere oírme, me voy.

Inició la retirada; más Mike Rusik le detuvo, por un brazo, y pidió:

—Espere. Venga para acá. ¿Qué es lo que ha jurado Silverman?

Bien iba la cosa. Coswey se regocijó interiormente.

—Que le matará en cuanto encuentre la ocasión.

—¿Y cómo lo sabe usted?

—Se fue de la lengua en los calabozos de la Seccional. Un confidente se enteró de sus proyectos, y luego...

Rusik pareció preocupado, al menos exteriormente. Se frotaba las manos, tragaba saliva y miraba para la puerta con los ojos muy abiertos, como si temiese ver aparecer a Silverman de un momento a otro. Ésa fue la impresión que sacó Coswey. «Ahora, si conoce su paradero o sospecha dónde puede encontrarse, no tardará en hablar, se dijo».

Rusik, después de tragar saliva nuevamente, echar otra mirada a la puerta y aflojarse un tanto el nudo de la corbata, propuso:

—Venga conmigo. Hablaremos con más tranquilidad ahí dentro. Aquí pueden oírnos.

Estaba francamente asustado. Coswey rio para sus adentros. «Seguro que sabe algo», se confesó.

Y echó a andar delante de Rusik. Ambos se dirigieron a una escalera contigua al mostrador. Subieron por ella, y una vez arriba, Rusik se hizo a un lado para dejarle paso.

—Aquí estaremos bien —afirmó—. Entre usted, agente.

Había abierto una puerta. Coswey pasó: pero no tuvo ocasión ni

de darse cuenta de dónde se hallaba. Un brutal puñetazo en la cabeza le hizo perder el equilibrio. Vacilante, dio un traspié y cayó al suelo. Rusik se abalanzó sobre él sin darle tiempo a reponerse. Coswey, semiinconsciente por el inesperado y brutal golpe, sintió que le cogían por la garganta y apretaban hasta cortarle la respiración. Acabó perdiendo el conocimiento, luego de debatirse inútilmente bajo el peso del asesino.

Rusik reía, alegre, de la facilidad con que le había engañado. ¡Idiota! ¿Qué creía, que se iba a tragar el cuento de Silverman? Que lo mataría de buena gana, seguro: ahora que Silverman no se encontraba en condiciones de matar a nadie, y menos a él.

—¡Pobre Coswey! —murmuró, irónico—. Lo siento por Silverman, que se llevará un disgusto al enterarse que le he tomado la delantera... ¿Creías que ibas a engañar a Rusik, a Mike Rusik? Hace falta...

Un ruido que llegaba de la calle distrajo su atención. Le había parecido como si disparasen contra su establecimiento. ¿Qué demonios sucedía? Precipitadamente arrastró al agente especial a una habitación contigua. Cerró la puerta con llave y bajó las escaleras corriendo, con la pistola preparada.

Había sido una falsa alarma. El ruido que llamó su atención, el del tubo de escape de un automóvil al pasar por la puerta de La Alhambra. Que a pesar de que las cosas habían salido a la medida de sus deseos, tenía los nervios de punta.

Volvió a guardar la pistola en la sobaquera, y se disponía a regresar junto a Coswey para rematarle en el caso de que no hubiese terminado de estrangularle —aunque estaba casi seguro de que lo había matado—, cuando le llamaron desde el bar:

—¡Eh, Rusik, ven acá! ¿Adónde vas tan deprisa? ¿Es que ya no quieres nada con los viejos amigos?

Se detuvo junto a la escalera y volvió la cabeza. Un hombre alto y extremadamente flaco se le acercaba con los brazos abiertos. Un antiguo compañero, con el que convivió un par de años en Sing-Sing.

—¡Caramba, Ronald! —exclamó—. ¿Qué haces por aquí?

Se abrazaron alegremente, y Rusik se olvidó del agente o, por lo menos, dejó para mejor ocasión el ocuparse de él. Para festejar la llegada del imponderable Ronald, descorchó una botella de

«*whisky*» y llenó, a rebosar, un par de vasos.

—A tu salud —ofreció.

—A la tuya —dijo el otro, y se bebió el vaso de un trago.

—¿De dónde vienes ahora? —preguntó Rusik, llenándole el vaso de nuevo.

—De Cleveland. Me he enterado de que trabajas aquí y he pensado que tal vez os hiciera falta hombres como yo.

Rusik reflexionó un instante, lo miró de arriba abajo, y luego paró los ojos en los suyos, como si quisiera adivinar sus pensamientos. Acabó tendiéndole la mano, amistoso:

—Hecho, Ronald; hablaré al jefe.

El larguirucho sostuvo la mirada de Rusik sin pestañear. Llegaba en buen momento. La banda necesitaba de hombres como él, acostumbrados a la lucha, sin honor y sin moral, hombres para quienes no existiera más ley que la violencia ni más código que el de su propia ambición. Esclavos del delito.

De ese modo, Ronald pasó a formar parte de la banda de facinerosos en la que Mike Rusik ocupaba el lugar de segundo jefe. Y de ese modo, también, Ronald, sin él figurárselo siquiera, salvó la vida del agente especial Coswey, al menos de momento.

Rusik dejó para mejor ocasión el subir las escaleras...

Al volver en sí, se encontró tendido en el suelo. Miró a todos lados, con sorpresa. ¿Dónde diablos estaba?

Le dolía la garganta. Parecía como si sintiese aún la presión de los dedos apretando y apretando. También le dolía la cabeza. Quizá fuese por eso por lo que no conseguía recordar lo ocurrido. Tenía una gran confusión de ideas. Únicamente recordaba que Sammy Silverman estaba en libertad. ¿Habría sido él quien...? No, a Silverman no había vuelto a verlo desde que le dejó en el calabozo de la Seccional. Había sido otra cosa. ¿Por qué el dolor aquel de cuello?

No, no conseguía acordarse por qué estaba en aquel cuarto pequeño, desamueblado y sin más luz que la que entraba por las rendijas de la puerta.

Se puso en pie y anduvo unos pasos. Tuvo que cogerse a la pared para no caerse. Y otra vez a pensar qué hacía allí, por qué estaba allí.

—¿Será que he perdido la memoria? —se preguntó.

Y se extrañó de oír su propia voz. Le llegó distante, como el rumor lejano de voces indefinidas, a caballo del aire.

Trató de abrir la puerta. Imposible; estaba cerrada. Luego pegó el oído al ojo de la cerradura y escuchó. Entre las voces, oyó el entrec chocar de vasos.

—¿Vasos? ¿Estaré en un bar?

Quería recordar, sin conseguirlo.

—¿Vasos? —repitió—. ¿La Alhambra?

Repentinamente se hizo la luz en su cerebro, y los recuerdos acudieron a él en oleadas: La Alhambra, Mike Rusik, Silverman, la subida por la escalera, el golpe que le dieron en la cabeza y luego los dedos que le apretaban la garganta, que lo ahogaban. Ése era el dolor que sentía. ¡Qué torpe, al dejarse engañar por Mike Rusik! ¿Y ahora?

Instintivamente se llevó la mano al sobaco. Respiró hondo. Buscaba la pistola y la tenía allí. ¿Cómo no se la habían quitado? Aquello le hizo pensar. A lo último, llegó a la conclusión de que si Rusik no le quitó la pistola fue porque le daba por muerto.

Mejor; así podría defenderse cuando abriesen la puerta. ¡Menuda sorpresa iban a llevarse, al encontrarle vivo!

Ahora que tendría que esperar a que viniesen por él. Paciencia.

Si trataba de abrir la puerta por la violencia, le oirían desde fuera. Además, la espera no le preocupaba grandemente.

Estaba acostumbrado a esperar. En su vida profesional se había visto obligado, muchas veces, a esperar horas y horas al acecho de los malhechores. Aunque aquella espera era distinta. Si Rusik y sus hombres se daban cuenta de que sus esfuerzos para estrangularle habían sido vanos, harían lo imposible para desembarazarse de él antes de dejarle salir de allí.

Una rata enorme atravesó la habitación corriendo.

El tintineo de los vasos se percibía más a menudo, entre el ruido de las voces, que iban en aumento según pasaba el tiempo.

Transcurrieron varias horas. Coswey no podría decir cuántas. Se le había roto el reloj de pulsera al caer al suelo. Sin embargo, debían haber pasado diez o doce, por lo menos. Hacía tiempo que ya no entraba luz por las rendijas de la puerta.

Luego, el estridente mosconeo de una orquesta interpretando

ruidosas melodías de ritmo africano dominó a los demás ruidos. La gente bailaba y se divertía: modistillas, empleados, dependientes, artesanos. La vida, que seguía su curso.

La rata volvió a pasar corriendo por la habitación. Coswey movió un pie, y el animal desapareció en las sombras.

Coswey, acurrucado cerca de la puerta, seguía con los nervios en tensión y el oído atento. La espera se le hacía insoportable. Rusik o quien fuese no podría tardar ya en aparecer por allí. El agente especial ansiaba entrar en acción...

Entre tanto, Mike Rusik no se había olvidado de él; más como estaba convencido de haberlo estrangulado, no le corría prisa aparecer por allí. Esperó a que se hiciera de noche, atendiendo a sus clientes, y cuando creyó llegado el momento de deshacerse del presunto cadáver, paseó la vista por el bar, buscando gente de su confianza que le ayudase en aquella tarea.

Precisamente se hallaba allí todavía su amigo Ronald, el antiguo cliente de

Sing-Sing,

jugando a las cartas con otros de la banda. Uno de ellos era un tipo joven y desgarbado, en cuya nariz cabalgaban unas gafas de gruesos cristales y armadura de concha. El otro, un personaje alto y fuerte, trajeado de gris y Completamente calvo, aunque disimulaba la calvicie, coquetamente, tapándola con el pelo que le venía del lado izquierdo de la cabeza, firmemente adherido a la sesera a fuerza de fijador. Por lo de la nariz, le llamaban «el Gavilán». Era digna de verse. Larga y retorcida para abajo. Por «Gavilán» le conocían los amigos y la Policía, con la que tenía varias cuentas pendientes.

—¡Eh! Ronald y «Gavilán»: venid aquí —llamó Rusik, desde detrás del mostrador.

Volvieron la cabeza, aunque no muy convencido de que fuesen a ellos a quienes llamaban. El rumor de las conversaciones y de las risotadas de los concurrentes al bar impedía percibir con claridad lo que se hablaba a un par de pasos de distancia.

—Es a vosotros —insistió Rusik—. Venid acá.

Ronald y «el Gavilán» dejaron las cartas sobre la mesa, disgustados. Les había interrumpido la partida. El de las gafas de concha les miró alejarse, parpadeando los ojillos miopes.

—Ven tú también, «Gafas» —gritó Rusik, haciéndole señas con la mano para que se acercase al mostrador.

«El Gafas» acudió presuroso a la llamada. Era un tipo servicial y valioso en cierto punto. A pesar de su acusada miopía, estaba considerado como uno de los mejores tiradores de la banda. Experimentaba gran satisfacción en apretar el gatillo, y parecía poseer un sexto sentido, que le hacía dirigir certeramente al blanco las balas de su viejo «Colt» o de la rápida «Thompson». Le daba igual disparar con una cosa como con otra.

—¿Qué quieres, Rusik? —preguntó.

Rusik no contestó. Lo que hizo fue pedirles:

—Seguidme. Tengo que hablaros.

Y se encaminó a la escalera por la que había subido aquella mañana con el agente especial Coswey. Los otros le seguían, pegados a sus talones.

—¿A que no acertáis a quién he mandado al otro barrio hace unas horas? —preguntó Rusik, sonriendo, misterioso, ante la expectación que había despertado en sus compañeros.

—¿Cómo quieres que lo sepamos? —Gruñó Ronald, rascándose el mentón con muchas prisas.

Mike Rusik paseó la mirada de uno a otro. Gozaba, por anticipado, de la sorpresa que iban a llevarse cuando les contara lo sucedido. Tanto «el Gafas» como «el Gavilán» habían jurado matar al agente especial Coswey en la primera ocasión que se les presentara.

—¿Qué, no acertáis?

Iban acercándose a la puerta de la habitación donde estaba encerrado Coswey.

Éste oyó su conversación y sus pisadas, y se preparó a recibirles. Rusik decía:

—Vaya, os lo diré para no haceros sufrir... —Aún hizo una pausa, y luego confesó—: Al agente especial Coswey.

—¿A Coswey? —exclamaron los tres a una, incrédulos.

—Sí, a Coswey. El muy tonto creyó que iba a engañarme, y que me haría decirle dónde está Sammy Silverman. ¡Si hubiera sabido que le odio y que esta misma noche un joven chino se encargará de liquidarle...!

—¿Qué dices? —preguntó «el Gavilán», extrañado—. ¿Qué van a

matar a Silverman esta noche?

Rusik le miró un instante en silencio. Quizá había hablado demasiado. Aunque mejor sería seguir adelanté, para que supieran los motivos por los cuales era necesario suprimir a Silverman. Añadió:

—Después de lo de la china, Sammy constituye un peligro para todos nosotros. Los del

F. B. I.

no cesarán hasta echarle mano, y si lo detienen de nuevo, Silverman contará cosas que a ninguno nos interesa que se sepan...

—¿Y cuándo será eso? —inquirió «el Gafas».

—¿No lo he dicho ya? —Gruñó Rusik—. Esta misma noche, a las doce. Él solito irá a meterse en la boca del lobo, al barrio chino. Hemos buscado un medio que nunca falla. Mañana lo encontrarán tendido en una callejuela, sin vida. Procuraremos que algún periodista amigo deje entrever que han sido los del

F. B. I.

para vengarse por lo del asalto al coche celular. Lo único que siento es que no puedan achacar la muerte de Silverman al agente Coswey, porque hace ya unas horas que no se cuenta entre los vivos. ¡Lástima no haberlo pensado antes; habría sido una buena jugada!

—Sí que habría sido —afirmaron los tres a una, y rieron también a una.

Luego, Rusik se puso repentinamente serio. Estaban perdiendo demasiado tiempo con tanto charlar.

—Tú, «Gafas», ve al garaje, saca el coche y déjalo en el patio con el motor en marcha —ordenó—. Y vosotros, —acompañadme adentro.

El esmirriado personaje de las gafas de concha trotó a cumplir las órdenes de Rusik. Éste sacó la llave del bolsillo, la metió en el ojo de la cerradura y abrió la puerta.

—Huele que apesta —se burló—. Vamos, pasad.

Más, de pronto, algo saltó sobre él; algo que le cortó el habla y le hizo rodar por el suelo, a los pies de sus compinches. Éstos, poseídos de repentino pánico, retrocedieron unos pasos. Ante ellos, el hombre al que creían cadáver, el agente especial Coswey, quien, sin darles tiempo a defenderse, la emprendió a golpes con los tres y con increíble velocidad.

La primera idea de Ronald y del «Gavilán» fue huir de allí con la máxima celeridad; más, pasada la impresión que les produjo el ataque por sorpresa y convencidos de que no se trataba de una aparición de ultratumba, sino de un hombre de carne y hueso como ellos, que descargaba formidables puñetazos, se lanzaron contra el agente especial, seguros de que la superioridad numérica les daría la victoria.

Pero no contaban con la formidable fortaleza física y la fuerza excepcional de Coswey. Tenía a raya a los tres.

Por otra parte, ninguno se atrevía a disparar sus armas por temor a herirse entre sí. El agente especial tampoco quería hacer uso de su pistola, por temor a que acudiesen nuevos enemigos.

El larguirucho de Ronald consiguió cogerle por el cuello y por la espalda. Coswey, en lugar de intentar soltarse de él, lo que hizo fue retroceder, empujándole hasta la pared. Allí lo apretó con todas sus fuerzas, de tal modo, que Ronald, por más que hacía y forcejeaba para escapar, apenas si podía respirar. De cuando en cuando, Coswey le daba con el codo en el estómago.

Creyendo que Ronald había conseguido aprisionar al agente especial, Rusik y «el Gavilán» se lanzaron en tromba contra él. Coswey estiró los brazos y atrapó al vuelo a los dos, uno con cada mano.

«El Gafas», cansado de esperarles en el patio, apareció por allí en aquel instante. La escena que se desarrollaba ante sus ojos le dejó sorprendido. ¿Qué era aquello? Ronald, resollando contra la pared, y Rusik y «el Gavilán», forcejeando por desasirse del agente especial, sin conseguirlo. Había llegado el momento de entrar él en escena.

Además de miope, «el Gafas» era hombre de prontas resoluciones. «Lo que haya que hacer, hacerlo pronto», su lema. Más a mano no pudo venirle la banqueta aquélla. Un banquetazo en la sesera al agente especial sería suficiente para quitarle de en medio. Y como lo, pensó lo hizo. Banqueta en ristre, adelantó hacia el confuso grupo de amigos y enemigo.

A Coswey se le puso carne de gallina. ¡El que faltaba! No podía soltar a ninguno de los que tenía entre manos, porque volverían a la carga. Ahora que si no los soltaba, la banqueta...

Fue solo un instante de indecisión. El de la banqueta se disponía

a dejarla caer sobre su cabeza, cuando levantó el pie derecho. No lo levantó en la exacta acepción de la palabra. Lo que hizo fue dispararlo para adelante, con tanta fuerza, que «el Gafas», al que pilló por medio y en la barriga, fue a parar lo menos a cinco o seis pies más allá y sin conocimiento, por añadidura.

—Uno menos —suspiró Coswey.

Mas aún le faltaba deshacerse de los otros tres, quienes, a una y sin previo acuerdo, apelaban a todas sus fuerzas para vencerle. Si conseguían librarse de aquellos dedos, duros como el acero, que les aprisionaban inmovilizándoles, ya vería el agente especial quiénes eran ellos y que no resultaba fácil ni conveniente burlarse de Rusik y del «Gavilán».

Lo pensaban solo. Coswey no les dejó continuar meditando. De repente y también sin previo aviso, se sintieron agitados violentamente a derecha e izquierda. Con eso de la agitación, la cabeza de Rusik tropezó con la del «Gavilán» lo menos cinco o seis veces. Unos cuantos golpes que los dejaron sin ideas primero y sin sentido a continuación. Acabaron de morros en el suelo y con chichones como huevos.

Vaya, ya solo faltaba Ronald, el magullado y maltrecho Ronald, que apenas podía respirar de aplastado que lo tenía contra la pared. Coswey lo dejó respirar un instante. Se dio media vuelta, y dijo:

—Ahora, a ti.

Y así fue Un puñetazo bastó. Ronald sintió como si lo levantasen en vilo por la barbilla. Luego, ya no sintió nada. Fue a caer de bruces sobre Rusik, y allí quedó, haciéndole compañía.

Coswey ya no se detuvo a más. Empezó la carrera en dirección contraria al bar. Tuvo que saltar por encima del «Gavilán». Al final del corredor tropezó con una puerta. Estaba solo entornada. La abrió y siguió corriendo. Fuera se oía el mosconeo de un motor. Sin duda, el coche que fue a buscar «el Gafas» para llevarse su supuesto cadáver.

En efecto, al otro lado de la puerta, una escalerita que conducía a un patio, y en el patio, un automóvil con el motor en marcha. Sin detenerse a mirar para atrás, Coswey bajó la escalera, cruzó el patio y se metió en el automóvil. En aquel momento, una bala le pasó rozando la oreja. ¡Canastos, tiraban a dar!

También sin mirar para atrás, quitó el freno y salió de estampía

por el portalón que daba entrada al patio. Aún escuchó algún que otro disparo...

Era «el Gafas» quién disparaba, «El Gafas» fue el primero en recobrar el conocimiento, y el primero en salir en persecución del agente especial. Tarde, por que allá iba, llevándose el automóvil de Rusik, para mayor escarnio.

Estaba en medio del patio con el «Colt» humeante todavía cuando apareció Rusik por allí.

—¿Qué, «Gafas», le has dado?

Y «el Gafas», en lugar de contestarle, replicó, iracundo:

—Eres idiota. ¡A quién se le ocurre tomar a los vivos por muertos! ¿Conque lo habías estrangulado...?

Mike Rusik bajó la cabeza, avergonzado. «El Gavilán» y Ronald hicieron acto de presencia en el patio en aquel momento.

—Se ha ido, ¿no? —farfulló «el Gavilán».

—¿No lo ves?

Claro que lo veía. Lo veían todos. ¡Qué vergüenza! Un solo hombre les había vencido a los cuatro ¡Y, además, un agente especial del

F. B. I.!

Sí, qué vergüenza.

—Bueno; mejor será que el jefe no se entere de esto —propuso Rusik—. ¿No os parece?

Los otros se miraron, interrogantes. Ronald contestó por todos:

—Entonces, olvidado, ¿no es eso?

—Olvidado, no —saltó «el Gavilán»—. Coswey tiene que pagarme esta jugada.

Y se tapó la calva con el pelo, tieso de fijador, que se le había despegado de la sesera durante la pelea.

—Vamos para adentro. Un vaso de «*whisky*» no nos vendrá mal —propuso Rusik.

Y emprendieron la marcha hacia el bar.

Mientras Rusik y sus compinches procuraban consolarse de su derrota, Coswey se dirigía a toda velocidad al barrio chino. Había oído dar las doce menos cuarto en el reloj de una torre. Tenía que llegar a tiempo de salvar a Sammy Silverman o de detenerle. Si lo mataban, como afirmó Rusik, achacarían su muerte al

F. B. I.

Ahora, que ¿quién sería el encargado de matarlo? Mike Rusik habló de un joven chino. ¿Qué joven chino era ése?

El coche se deslizaba veloz por el asfalto. Calles desiertas. Policías montando guardia en alguna esquina. Luces de neón, anuncios luminosos. Coswey se repetía: «¿Un joven chino, un joven chino?».

¡Tantos y tantos jóvenes había en el barrio aquel que no tendrían inconveniente en asesinar a Sammy Silverman si se lo pagaban bien!

Faltaban apenas diez minutos para la hora fijada. Apretó el acelerador y el coche pareció saltar sobre el asfalto. «¿Un joven...?». Súbitamente brotó la luz en su cerebro.

—¡Claro, no puede ser otro! —exclamó.

Ya iba sobre seguro.

Llegó al barrio chine. Buen conocedor de aquellos lugares, atajó por el camino más corto. Callejuelas silenciosas, oscuras. Pronto llegaría al lugar donde tenía la certeza de encontrar a Sammy Silverman.

Más no podía marchar por allí a la velocidad de antes. Avanzaba a tumbos sobre el mal empedrado pavimento. Las luces de los faros espantaban a los perros callejeros, y los escasos transeúntes se veían obligados a guarecerse en los portales para evitar ser atropellados por aquella máquina saltarina.

Jamás le había parecido más horrendo, más trágico y siniestro el barrio chino que aquella noche. Presentía como si un misterio indescifrable e indefinible flotase en el aire. Las bajas casuchas — farolillos en las puertas y paredes desconchadas— semejaban seres monstruosos retándole, coléricos, por sacarle de su letargo de sombras con las sacudidas de los faros...

Un reloj, a lo lejos, desgranó el largo rosario de las horas. Coswey escuchó con ansiedad y fue contando, mentalmente, las campanadas: «Una... dos... tres...».

Sonaron doce, una tras otra, monorrítmicas, iguales.

—Las doce —murmuró.

¡La hora señalada! ¿Llegaría a tiempo todavía? Apretó el acelerador, a riesgo de estrellarse, y el coche enfiló la esquina de una calle, rozando las paredes con sus aletas.

Aún flotaba, en el aire, la última campanada de las doce...



UNA NUEVA PUBLICACION PARA JOVENES,
DIBUJADA POR UN ARTISTA MAGISTRAL
MENDOZA COLT

El famoso *gun-man* de raiz española, cuya terrible velocidad en «sacar» siembra el terror entre los bandidos que saquean los poblados del lejano Oeste. Persigue con ahinco al culpable de su desgracia hasta que

PUBLICACION QUINCENAL **1.50 pesetas**

IX



I, aquello había sido una pesadilla. Primero la detención, el interrogatorio sin conseguir arrancarle la confesión de sus delitos. Luego, el viaje en el coche celular, y por último, la libertad.

Porque era libre. ¿Qué importaba que su libertad hubiese costado tres vidas? Lo único digno de tener en cuenta, que ya no pesaba sobre su cabeza el temor a la silla eléctrica.

Nadie hablaba en el coche. Ni Rusik, ni sus compañeros. Tampoco a ellos les interesaba el paisaje. A Silverman, sí. Miraba a los edificios con ansiedad, a los árboles, a la cinta de asfalto de la carretera. ¡Qué distinto aquello del sórdido calabozo, horrenda jaula a la que apenas si llegaba la luz a través del estrecho ventanillo enrejado!

Silverman aspiró profundamente el aire cargado de humedad de las calles regadas hacía poco. Ni el más leve remordimiento por sus crímenes. Solo alegría, una alegría inmensa por haber conseguido la libertad, satisfacción por haber burlado al agente especial Coswey.

—¿Adónde me lleváis? —preguntó, de pronto—. Quiero ir a casa de Lilian.

—Ya lo verás —gruñó Rusik—. Tenemos orden del jefe de que estés a su disposición día y noche. Puede necesitarte de un momento a otro.

—Pero es que yo quiero ver a Lilian —insistió Silverman.

—Vamos, muchacho, no seas sentimental —se burló uno de sus acompañantes—. Tiempo tendrás de ver a tu amor.

«¿Tiempo tendrás de ver a tu amor?». ¡Si supieran lo largas que se le habían hecho las horas sin ver a su Lilian! Ellos eran incapaces de experimentar los sentimientos que él, de amar con toda su alma a una mujer como él amaba a Lilian Milton.

—Solo unos minutos, y luego iremos a dónde queráis —rogó.

—Imposible, Sammy. Es orden del jefe. Ya sabes que es peligroso desobedecerle.

Llevaban razón. Conocía bien al jefe. Era implacable. ¿Implacable? Bruscamente se nubló su alegría. ¿Adónde le llevaban? ¿Pretenderían deshacerse de él? Un temblor convulsivo agitó su cuerpo. Recordó casos semejantes al suyo en que el jefe sacó a alguno de la banda de entre las manos de la Policía para hacerle desaparecer luego. El mismo tomó parte en más de uno de tales casos...

—¿Adónde me lleváis? —insistió, con voz temblorosa.

—Ya lo verás, ya lo verás. No te preocupes —contestaron, enigmáticos, aquellos hombres, a quienes no sabía ya si considerar como amigos o futuros verdugos.

Sin embargo, su desconfianza fue decreciendo paulatinamente conforme se acercaban al lugar a que le conducían. En aquella calle poseía el jefe una casa, un verdadero palacio, donde acostumbraba a alojar a sus mejores amigos.

Y la confianza volvió a renacer en su corazón al saltar del coche en el jardín de la casa. ¡Qué tontería haber pensado mal del jefe y de los compañeros! ¿Por qué iban a querer deshacerse de él?

¡Qué bien olía allí! El viejo jardinero y antiguo guardaespaldas

del jefe se incorporó por detrás de un rosal y les saludó con la mano.

—¡Hola, viejo! —gritó Silverman, alegre—. No te olvides de ponerme todas las mañanas un jarrón de flores en mi habitación.

—Descuida, que así lo haré —prometió el jardinero, enseñando los dientes, dos o tres todo lo más, largos y negros como la tierra que removía con la azada.

Subieron al primer piso, donde le habían destinado dos habitaciones con vistas al jardín.

—Bueno, Sammy, te dejamos —dijo Rusik—. Puedes hacer lo que te parezca. Ahí tienes para leer, si quieres —señaló una biblioteca cargada de libros.

Silverman rio, divertido. ¡Buen palillo habían ido a tocar!

—Ya sabéis que no me gusta leer —afirmó—. Os los podéis llevar todos, si queréis. Los libros no se han hecho para mí. Prefiero una buena cama y mejor comida.

Rusik y los otros rieron también.

—A nosotros tampoco nos gustan los libros; pero como suponemos que te aburrirás aquí solo...

—¿Cómo que voy a, aburrirme? ¿Es que no puedo salir de aquí? —preguntó Silverman, alarmado.

—No, no puedes salir. Es orden del jefe.

¡Orden del jefe, orden del jefe! ¿Qué pretendería con tenerle encerrado? ¿Sería que le temía o que desconfiaba de él?

Palideció. Alguna vez había hablado con Rusik de eliminar al jefe para ponerse en su lugar. ¿Le habría traicionado Mike?

—¿Qué te pasa Sammy, te encuentras mal? —preguntó uno de los que le habían acompañado hasta allí, al darse cuenta de su repentina palidez.

—No, nada, no me pasa nada —contestó, evasivo.

—Entonces, nos vamos. Si quieres algo, solo tienes que llamar por el timbre. Nosotros no estaremos lejos...

Y se fueron. Silverman oyó cómo cerraban la puerta con llave.

¿Debía considerarse prisionero, o era aquélla una medida de precaución, para evitar que hiciese alguna tontería?

Habían dicho antes de irse: «Si quieres algo, solo tienes que llamar al timbre. Nosotros no estaremos lejos». ¿Qué significaba eso, que le vigilaban?

Lo cierto, que había salido de una prisión para meterse en otra, más cómoda, pero imposible de abandonar sin desobedecer al jefe y sin exponerse a que le acribillaran a tiros sus mismos compañeros.

Lamentaba, sobre todo, el no poder ir a ver a Lilian. Ni siquiera podía hablar con ella. Tampoco tenía teléfono a su alcance.

Se asomó al balcón. Allá lejos, el jardinero, agachado junto a los jazmines, cuidaba sus flores. En la puerta, un hombre, mirando para la casa, sin perderle a él de vista.

El hombre aquel era uno de sus compañeros. ¿Qué hacía allí sin quitarle ojo? ¡Ah! Sí, guardando la puerta, por si se le ocurría saltar por el balcón. Convencido de que el liberarle de los del

F. B. I.

no había sido con el exclusivo objeto de salvar su vida, dio en gruñir:

—¡Estoy prisionero!

Gruesas gotas de sudor le corrían por la frente. Cogido al barandal, le temblaban las manos.

—¡Estoy prisionero! —repitió.

Lo mismo que el hombre que guardaba la salida, otros acecharían sus movimientos. Dios sabía por qué agujeros disimulados en las paredes. Así, pues, nada podía intentar para escapar de su lujosa prisión, de aquel calabozo con cortinas de encajes y muebles suntuosos. Lo mejor sería esperar alerta y dispuesto a aprovechar la menor ocasión que se presentara para huir de allí.

De tanto pensar en aquello acabó venciéndole el cansancio, la fatiga y la angustia, y buscó el descanso en la cama.

Por el balcón, abierto, la noche se metió, sinuosa, en la habitación. Sammy Silverman dormía...

El día siguiente lo pasó sumido en la mayor desesperación, paseando de un lado a otro de la habitación. Temó una ducha fría. Tampoco consiguió calmar sus nervios.

Afuera, en la puerta de entrada a la casa, continuaban vigilando sus antiguos compañeros, convertidos ahora en sus guardianes, en inflexibles cumplidores de las órdenes del jefe.

Desde el balcón les veía pasear con la mano derecha en el bolsillo de la americana. Empuñando la pistola, seguro, dispuestos a

hacer fuego contra él si intentaba escapar.

Y así una hora, y otra, y otra. Transcurrían con irritante lentitud, como si el tiempo se hubiese parado en su marcha regular. Sin embargo, el sol llegó a su cénit y luego fue descendiendo hacia el ocaso.

Nuevamente invadían las sombras el jardín cuando Sammy Silverman vio avanzar hacia allí al jardinero. Receloso, volvía la cabeza con frecuencia. Mas viendo que nadie se fijaba en él, se agachó al pie del balcón y cogió algo del suelo.

Silverman seguía sus movimientos con creciente curiosidad. ¿Qué se traería entre manos el tipo aquel?

Después de agacharse el viejo, se incorporó de nuevo, levantó la mano por encima de su cabeza y arrojó algo contra el balcón. Una piedra, que rodó a los pies de Silverman. En la piedra iba enrollado un papel. El jardinero abandonó precipitadamente aquel lugar, como temeroso de que pudieran sorprenderle allí. Pronto se perdió en la oscuridad.

Silverman recogió el papel y tiró la piedra al jardín. ¿A qué vendría semejante misterio? ¿Qué pondría en el papel? Sintió la necesidad de leerlo enseguida, pero frenó sus impulsos de encender la luz inmediatamente. Había que disimular, por si le espiaban. Antes de hacer girar el conmutador de la luz cogió un libro y metió el papel dentro. De ese modo, si le espiaban, creerían que leía el libro.

¡Cómo le palpitaba el corazón cuando se sentó en el sillón! Encendió la lámpara de mesa y abrió el libro por dónde había colocado antes el mensaje del jardinero. Estaba escrito con una letra grande y picuda. La reconoció enseguida: era de Lilian Milton. Sonrió, satisfecho. Lilian había averiguado dónde se encontraba, y había convencido al jardinero para que hiciese llegar hasta él aquel papel. La mujer por quien hubiese dado la vida gustoso no le olvidaba en la desgracia. Bien; a ver qué le decía. La sonrisa le desapareció bruscamente de los labios: según avanzaba en la lectura, su alegría primera convertíase en dolorosa inquietud. Era un mensaje desesperado, una llamada angustiosa. Volvió a leerlo de nuevo.

«Cian Kay Fu, el sobrino de la vieja Si Wo Yong, me tiene en su poder. Dice que si esta noche a las doce no

le traes el dinero de su tía a su casa, me matará. —
Lilian».

Sí, aquélla era la letra de Lilian, no cabía duda. Estrujó el papel, furioso. ¡El dinero de la vieja! ¿De dónde demonios iba a sacarlo él? La verdad que todo le salía mal. ¡Si pudiese escapar de allí...!

Nervioso, recorrió la habitación de un extremo a otro. Se acercó a la puerta y escuchó. Alguien guardaba la salida. Oía un rumor de voces al otro lado. Giró la vista para atrás. ¿Por qué no probar a escapar por el balcón? Las sombras de la noche serían sus aliadas, y los hombres que vigilaban fuera ni siquiera le verían descolgarse hasta el suelo.

De dos zancadas se plantó en el balcón. Procuró serenarse en un esfuerzo supremo de voluntad, y pensó en el medio mejor para llegar abajo. Aunque la altura no era mucha, si se tiraba de un salto, podrían oírle al caer...

Entonces se fijó en el árbol que extendía sus ramas hasta cerca del balcón. Por allí podría... Al menos había que intentarlo.

Ya no se entretuvo más. Apoyándose en la pared, se encaramó a la barandilla, distendió los músculos y se lanzó al espacio. En el camino encontró una rama, se agarró a ella y estuvo unos segundos balanceándose en el aire. Después se deslizó a pulso hasta el tronco del árbol y descendió al suelo.

No se paró a escuchar si le habían oído o no. Su deseo de huir de allí, para llegar cuanto antes al lugar donde tenían encerrada a Lilian, le hacía olvidarse de la prudencia. Avanzó a saltos, escondiéndose detrás de los árboles.

Pensó en escalar la valla, pero desistió de hacerlo: era excesivamente alta. No cabía otra solución que escapar por la puerta; más desde donde se encontraba hasta la puerta, había una explanada de arena y grava, sin árbol alguno donde refugiarse. Habría de atravesarla, exponiéndose a que le viesen u oyeran sus pisadas.

Probó a llegar hasta allí agachado, apoyándose en las rodillas y en los codos. De ese modo, el hombre que guardaba la puerta no se daría cuenta de su presencia hasta que lo tuviese encima.

Avanzó pulgada a pulgada. Sin embargo, debió hacer algún ruido. El guardián de la puerta se levantó del poyo de piedra en que estaba sentado, y gritó:

—¿Quién anda ahí?

Silverman sintió que algo como una pelota le subía a la garganta, asfixiándole. Tirado en el suelo, permaneció inmóvil. Transcurrieron unos minutos de angustiosa espera, hasta que el guardián volvió a sentarse, convencido de que todo había sido una falsa alarma.

Entonces, Silverman volvió a deslizarse por el suelo. Las manos, heridas por la grava, le sangraban, y el corazón, impulsado por la ansiedad, le golpeaba el pecho con furiosos latidos. Si el guardián se daba cuenta de su presencia, no tendría tiempo ni de levantarse: le dispararía casi a quema ropa.

Ahora solo les separaban unos pies de distancia. El vigilante seguía sentado, con la mano derecha en el bolsillo de la americana, empuñando la pistola. Silverman procuró situarse a su espalda.

No obstante, permaneció unos segundos inmóvil, para reponer fuerzas, preparándose para el ataque. Había que obrar con prudencia. Se jugaba su vida y la de Lilian.

Fue incorporándose lentamente, hasta ponerse de rodillas. Después, ya de pie, adelantó una pierna, sin perder de vista al vigilante.

Entonces fue cuando resbaló. El vigilante se volvió bruscamente, empuñando la pistola.

—¡Eh! ¿Conque eres tú?...

Demasiado tarde. Silverman, de un salto, cayó sobre él y le cogió por la muñeca, retorciéndosela hasta obligarle a soltar la pistola.

Más no parecía dispuesto a dejarse vencer con facilidad. De un tirón se desasíó de Silverman y le atacó, a su vez, furioso. Tenía la seguridad de que se jugaba la cabeza si le dejaban escapar.

—¿Adónde vas, Silverman? ¿Crees que podrás escaparte? —gritó, lanzándole un tremendo directo.

Silverman recibió el puñetazo en pleno rostro, en la boca. La sangre le brotó de los labios. El castigo solo sirvió para enfurecerle más. Ágil, procuró esquivar los puños del guardián, a la vez que le atacaba buscándole el estómago. El otro le pagaba con la misma moneda.

Era una lucha feroz, una lucha a muerte. Las fuerzas de ambos estaban equilibradas. Sangraron por la nariz, por la boca.

Silverman consiguió colocar al otro una serie de golpes que le hicieron tambalearse, no sin recibir él un puñetazo en el hígado que lo dobló.

Luego, el recuerdo de Lilian en peligro le prestó nuevas fuerzas. De un salto se lanzó sobre su enemigo y rodaron por el suelo abrazados, golpeándose furiosos.

A Sammy Silverman le interesaba terminar cuanto antes aquello. De un momento a otro acudirían en ayuda del vigilante, a los gritos que daba.

En aquel instante, Silverman tropezó con un objeto. Una piedra. La cogió y le golpeó con ella en la cabeza.

Fue cosa de segundos. El vigilante cayó al suelo. Ya no se defendía, ni gritaba, ni se movía.

Asunto concluido. Silverman corrió hacia la puerta.

Pero la puerta, cerrada, resistió a sus tirones. También corriendo, Silverman volvió sobre sus pasos. La llave debía tenerla el vigilante. Le registró con prisas. Sí, allí estaba, en un bolsillo del pantalón.

De pronto se acordó de la pistola. Le vendría bien. Agachado, la buscó por el suelo. A las dos o tres vueltas que dio por el lugar donde se le había caído al vigilante, tropezó con ella.

Ya no se detuvo a más. Corrió a la puerta, metió la llave en la cerradura y la abrió. Al otro lado, la oscuridad, el silencio, la noche y, también, la libertad.

Cuando transponía la puerta del jardín, tres hombres surgieron de entre los árboles. Sin hacer caso de él, se acercaron al vigilante.

—Está muerto —anunció uno.

—¡Bonita jugada! —exclamó otro—. Esto sí que es matar dos pájaros de un tiro. El jefe es un lince. De este modo, se ha deshecho de Aldrich, que resultaba ya un tanto peligroso para todos nosotros con su manía de querer retirarse de la banda, y Silverman se va tan tranquilo, creyendo que nos ha burlado. ¡Si supiese la que le espera!

—Déjate de charla y vamos a quitar a ese de aquí —saltó un tercero, poco hablador, al parecer—. Ayúdame.

Ése era el cadáver de Aldrich. Entre los tres, cargaron con él y se lo llevaron para adentro, sin preocuparse de seguir a Silverman, que corría con muchas prisas para alejarse de allí.

Y corrió hasta que se creyó ya seguro. La sangre seguía

manándole de las heridas de la boca y de la nariz. Había que cortarla, lavarse, si no llamaría la atención.

Buscó una fuente pública. Cerca había una. Metió la cabeza debajo del grifo, y el agua le despejó las ideas y cortó la hemorragia. Bien; ya estaba, ya podía seguir andando sin llamar la atención. Pero ¿qué hora era?

Ocupado en huir, no se había acordado, hasta entonces, de averiguarlo. Debía ser muy tarde. Quizá demasiado tarde. Corrió debajo de un farol y miró su reloj de pulsera. Eran las once y media.

—¡Las once y media! —exclamó, angustiado.

Si seguía entreteniéndose, llegaría tarde a la cita. ¿A la cita? No; realmente era un ultimátum, una amenaza. Si no estaba a las doce en la tienda de la anciana Si Wo Yong, el chino mataría a Lilian.

Pero aún quiso cerciorarse de que era aquélla la hora fijada. Se metió la mano en el bolsillo del pantalón, y sacó el mensaje del jardinero. También debajo del farol volvió a leerlo.

Sí; ponía a las doce, y eran ya las once y media. Faltaba, por tanto, media hora para que expirase el plazo marcado. Imposible llegar andando al barrio chine en ese tiempo.

Necesitaba un coche, un taxi. Lo buscó con la mirada. No había ninguno por allí. Únicamente, las calles solitarias, las casas a oscuras.

Reemprendió la carrera, desesperado. ¿Hacia dónde ir? Cada paso que daba era un segundo que perdía, y sesenta segundos hacen un minuto, y treinta minutos...

Eso era exactamente lo que faltaba para que Lilian dejase de existir...

Pero no, era necesario llegar a tiempo de evitarlo. Engañaría al chino, le diría que tenía escondido el dinero en cualquier sitio, y si fuese menester, lo mataría.

Corría y corría sin saber por dónde iba, loco de desesperación, ciego de angustia. Y fue al volver una esquina cuando se acordó de haber visto, alguna vez, una parada de coches de alquiler en la calle de La Salle.

Y la calle de La Salle estaba cerca. Corrió más deprisa aún que antes, sin importarle llamar la atención de las gentes. ¿Qué le importaba a él nadie? Únicamente, Lilian...

Dejó atrás el palacio de Los Seguros de Vida y Hogar, el Saving

Bank, y siguió adelante. Cerca de la Cámara de Comercio, una fila de taxis, a la espera de clientes.

Abrió la portezuela del primero que le vino a mano y se precipitó a su interior.

—¡Eh! Despierta —gritó.

El conductor, que dormitaba recostado en el volante, dio un respingo y se volvió, mirándole con cara de susto.

—¿Adónde vamos, señor? —preguntó.

—Al barrio chino.

—¿Al barrio chino, a estas horas?

No, no le gustaba ir a semejante sitio a tales horas. ¿Qué se le había perdido al tipo aquél por allí?

Como siguiera mirándole sin decidirse a arrancar, Silverman ofreció:

—Diez dólares si llegamos antes de las doce.

Eso ya era otra cosa. ¡Diez dólares! Por esa cantidad y aún menos, el del taxi era capaz de plantarse en el mismísimo Nueva York en un decir Jesús. Hacía tiempo que no le caía ningún cliente como aquél.

—Bueno —dijo, y puso el coche en marcha.

Conforme se alejaban del centro de la ciudad, las calles iban haciéndose más estrechas y sórdidas. Tampoco estaban asfaltadas como por el centro. Baches, pedruscos y guijarros de punta sí que abundaban por allí.

Así y todo, el conductor del automóvil, que debía tener bastante de héroe o excesiva necesidad de dinero, continuaba apretando el acelerador. Y era de ver los tumbos y saltos que daba el dichoso armatoste. Más de una vez estuvieron a punto de romperse la cabeza.

Sin embargo, al entrar en el barrio chino, bien a su pesar, no le quedó más remedio que reducir la marcha. Las sucias callejuelas resultaban demasiado angostas para exponerse a chocar contra las paredes de las casas o llevarse por delante algún farol, aunque hubiera por medio los diez dólares prometidos.

Silverman consultaba a menudo su reloj de pulsera. Las manillas avanzaban más deprisa que el automóvil, sin ningún género de duda. ¡Faltaban solo diez minutos para las doce!

—Más deprisa, más deprisa —gritó.

—Señor: no puede ser; ya ve...

Sí; ya veía. ¡Peste de barrio! ¿Por qué habrían hecho las calles tan estrechas? No obstante, había que correr más, adelantar al tiempo, para evitar que Lilian...

—Veinte dólares —ofreció a gritos.

Al conductor se le abrieron los ojos hasta casi salirse de su sitio. ¡Veinte dólares! Por veinte dólares...

No llegó a confesarse de lo que sería capaz por ganar semejante cantidad. Únicamente, lo que hizo fue pisar a fondo el acelerador, mascullar algo que quería ser una oración y encogerse de hombros. Y cuando un hombre como él se encoge de hombros ante el peligro, es porque está dispuesto a todo, incluso a romperse la cabeza por embolsarse unos dólares. Decididamente, tenía madera de héroe.

Otro no se hubiese atrevido, como él, a correr de aquel modo por allí. Parecía mentira que no se estrellasen contra los chatos edificios de piedra y ladrillo, contra las esquinas de las casas al torcer de una calle a otra...

Pero no se estrellaron, y llegaron sanos y salvos al lugar donde Silverman quería ir, que era muy cerca de la tienda de la vieja Si Wo Yong. Ordenó al conductor:

—Pare aquí.

Paró el conductor, oyó abrir la portezuela y vio salir del automóvil, como disparado, a su extraño cliente.

—Tome —oyó que le decían.

Cogió al vuelo los billetes que le tiró Silverman. Los contó deprisa, sorbió fuerte, y dijo:

—Ese hombre está loco. ¡Pues no me ha dado cincuenta dólares! ¡Eh, oiga!

Silverman, ni caso. Allá iba, corriendo con muchas prisas. El conductor repitió lo del encogimiento de hombros, dio marcha atrás, refunfuñó algo respecto a los tipos desequilibrados que andan sueltos por esos mundos, y decidió retirarse a casa, a dormir. Por aquella noche, ya tenía bastante. Clientes como aquél no se encontraban todos los días. Era hombre de escasas ambiciones...

Mientras tanto, Sammy Silverman iba acercándose a la tienda de objetos de arte de Extremo Oriente, donde, días antes, había asesinado a la anciana Si Wo Yong.

Ni una luz en las ventanas de las casas, cerradas herméticamente

a pesar del sofocante calor de la noche. Ni un alma por aquellos lugares.

Mejor; así nadie le vería llegar.

Faltaban escasos minutos para las doce. Lilian debería estar en la tienda. Solo él podría salvarla. Además, la puerta del establecimiento hallábase entornada. Mejor también.

Respiró hondo antes de atravesar el umbral de la casa. Se llevó la mano al bolsillo de la americana y sacó la pistola. Después de quitarle el seguro, la empuñó fuertemente.

Volvía a encontrarse a sí mismo, a ser el de siempre. Iba allí para salvar a Lilian y, también, para matar, si fuese necesario.

Empujó la puerta y entró en la casa. Un sentimiento de inexplicable terror le asaltó de pronto al encontrarse con los extraños y horribles idolillos, que parecían observarle con sus ojos inquisitivos y acusadores, sin pupilas y sin vida.

El barrigudo buda, de abultados mofletes, presidía el solemne y mudo recibimiento que le tributaban aquellos seres inanimados, minúsculos diablos envueltos en largas y rígidas túnicas de madera o de jase.

El local, casi a oscuras, recibía solo la incierta luz de un farolillo, pendiente de un clavo al pie de la escalera.

Fantasmagóricas sombras se contorsionaban en una danza extravagante, persiguiéndose entre sí desde el suelo al techo, según la llama del farolillo se moviera a impulsos del aire.

Silverman, pistola en mano, adelantó unos pasos. ¡Pues no estaba temblando! Y temblaba porque acababa de ver algo que le paralizó el corazón: ¡la anciana Si Wo Yong!

Era ella. Bajaba, paso a paso, por la escalera, apoyándose en la barandilla, riendo.

—¡No, no! —gritó Silverman, retrocediendo.

Y cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, Si Wo Yong había desaparecido. En su lugar vio solo una larga cortina, pendiente del techo, que el viento empujaba hacia la escalera...

Entonces, se acordó de que había ido allí para salvar a Lilian. ¿Dónde estaría el chino? ¿Por qué no acudía a su encuentro?

—¡Lilian! —llamó, reprimiendo el terror que le dominaba a su pesar.

Nadie contestó. Ni siquiera el eco. Allí no había eco. Las

palabras, los ruidos, se perdían entre los innúmeros cachivaches que llenaban la habitación.

Espero unos minutos. Luego siguió adelante, hasta el pie de la escalera.

¿Estarían arriba Lilian y el chino? Dudó, antes de iniciar la ascensión por la escalera. El silencio, cargado de misterio, y el recuerdo de mamá Sí, sujetándole para impedirle que huyera con sus ahorros, le atenazaban los músculos.

Había sido allí mismo donde apuñaló a la anciana. Aún se veían algunas manchas de sangre en el suelo.

Silverman no tenía nada de cobarde, pero de buena gana hubiese huido de allí. Únicamente se lo impedía el deseo de salvar a Lilian.

Acabó decidiéndose a llegar al piso de arriba. Antes descolgó el farolillo para alumbrarse, y fue subiendo los escalones uno a uno.

Ni un ruido, ni una voz: solo sus pisadas y el ulular del viento en la calle. ¿Por qué aullará así el viento algunas veces?

—¡Lilian! —volvió a llamar.

Esta vez la voz tremoló en la oscuridad de la escalera.

¿Le habrían engañado? Aunque no, la letra del mensaje era de Lilian, seguro. Tenía que encontrarla y huir con ella de Chicago, de América incluso. Después, ya verían lo que hacían. Los hombres como él triunfan en cualquier parte...

Ni aun en aquellos momentos, la ambición y la soberbia dejaban de dominarle.

Llegó a lo alto de la escalera. La puerta de la habitación de la anciana Si Wo Yong estaba cerrada. Levantó el pestillo, la abrió de golpe y se echó a un lado, para evitar cualquier sorpresa.

Esperó unos segundos. Como viera que nadie salía de allí, metió el farolillo en la habitación y fue asomándose poco a poco. La cama aparecía deshecha, con las ropas revueltas, como quedó después de la lucha que sostuvo con su víctima.

Al revivir aquellos momentos, un estremecimiento le recorrió el cuerpo. A pesar de que había cometido infinidad de asesinatos en su larga carrera de crímenes, le era imposible sustraerse al recuerdo de la anciana, de los ojos oblicuos que le miraron con espanto y odio cuando levantó el puñal para matarla...

Así y todo, procuró alejar de su imaginación ese recuerdo y

entró a la habitación. Nadie. Tampoco había nadie en las restantes habitaciones del piso superior, abarrotadas de trastos y de polvo.

Decidió bajar a la tienda de nuevo. Estaba furioso. ¿Sería que había llegado tarde a la cita? No, no había llegado tarde. Daban justamente las doce cuando transpuso el umbral de la casa.

Inició el descenso de la escalera.

Abajo, en la tienda, las puertas se golpeaban entre sí, azotadas por el viento.

Al llegar al pie de la escalera, Silverman volvió a colgar el farolillo en el clavo.

Indeciso, no sabía adónde dirigirse ni qué hacer. La casa parecía hallarse abandonada; más un vago presentimiento le avisaba que desconfiase. Pero ¿de qué o de quién? Súbitamente experimentó la desagradable sensación de que alguien, oculto en la penumbra, le acechaba sin perderle de vista.

Cierto, allí había alguien; pero ¿dónde? ¿Detrás de las cortinas, oculto en el palanquín? ¿O, tal vez, escondido en el montón aquel de cachivaches?

¿Por qué no salía de una vez y se enfrentaba con él cara a cara? ¿Le tenía miedo?

El que estaba temblando era él. Aquello resultaba superior a sus fuerzas. Experimentó el deseo de gritar hasta enronquecer o hasta que aquel ser, invisible y desconocido, abandonase su escondite. Sin embargo, no gritó. Solo hizo empuñar más fuerte la pistola y poner el dedo índice en el gatillo...

En medio de la tienda, giró la vista en derredor. El ser, cuya presencia presentía sin verlo, quizá se escondiera detrás de las cortinas. A tirones, las separó de la pared, una a una. Tampoco allí había nadie.

De pronto, se fijó en la habitación de la trastienda. ¿Cómo no la había visto antes? Podían haberle atacado desde allí. Aunque no; en aquella casa estaban él solo y el panzudo Buda, que parecía mirarle extrañado de su ir y venir en busca de alguien que ignoraba quién era y dónde podría encontrarlo.

Por otra parte, de haber habido alguien en la tienda con intención de atacarle, ya lo habría hecho.

A pesar de todo, se dirigió a la trastienda, receloso y preparado para disparar al menor indicio de peligro. Allí encontró,

únicamente, la miserable yacija de Cian Kay Fu y el desvencijado lavabo de porcelana.

El terror que dominaba a Silverman unos momentos antes le desapareció poco a poco al comprobar que sus temores eran infundados. Aunque, ¿por qué Lilian le había enviado aquella nota? Un pensamiento doloroso le asaltó, súbitamente: ¿Será que se han deshecho de ella sin esperar a la hora fijada?

Sí; tenía que haber sido eso. Habían matado a Lilian. Algo así como un lazo corredizo le aprisionó la garganta: el dolor de la angustia y de la desesperación.

Dio unos pasos por la tienda, tropezando con los muebles, en dirección a la salida, y murmurando:

—¡La han matado, la han matado!

Ya no ambicionaba nada para él. Si Lilian había muerto, ¿qué le importaba todo ya?

A trompicones con los muebles y con los cachivaches, seguía adelante.

—¡La han matado, la han matado!

Y su voz era súplica y lamento.

El aire, pesado, caliginoso, metiéndose con ruido por la puerta, le azotó las ropas, la cara, las manos.

Tres o cuatro pasos más y se encontraría en la calle. Todavía se paró en medio de la habitación, con los brazos colgándole a los costados, vencido, los ojos fijos en la escalera, indeciso.

Entonces, salió la voz aquella de cualquier rincón, apostrofándole:

—¡Asesino!

Fue como si le sacudiera una corriente eléctrica. ¡Al fin se había descubierto su enemigo! Levantó la pistola y apretó el gatillo. Y vio avanzar hacia él un personaje que se le figuró monstruoso. Un hombre que saltaba con sorprendente agilidad por encima de los idolillos, el buda panzudo, como si volase sobre los muebles de laca y los pebeteros de plata maciza...

¿Qué era aquello que venía hacia él, hombre o demonio, ser humano o fantasma?

Quiso disparar otra vez y el dedo, agarrotado, desobedeció el mandato de voluntad. El terror supersticioso, el miedo inconmensurable, el pánico indescriptible ante lo desconocido, le

dominó, convirtiéndole en un animal acobardado e indefenso, a pesar de tener, en la mano, la pistola y a pesar de su costumbre de destruir vidas humanas...

—¡Asesino! —Oyó que decían de nuevo.

Lo que se le figuraba monstruo o fantasma estaba ya ante él: tan solo un joven chino, blandiendo un puñal.

Silverman quiso dominarse, vencer al terror; pero ya era tarde. El chino levantó el brazo y el puñal brilló un instante en el aire. Silverman dio un grito y retrocedió un paso instintivamente. El puñal bajaba en dirección a su pecho, a su corazón...

Afuera, el viento ululaba más fuerte que nunca...



EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

Publica:

F. B. I. — WINCHESTER — EXTRA-OESTE
NOVELISTAS DE HOY — VALIENTES
AVENTURAS del F. B. I. — JEQUE BLANCO
MENDOZA COLT — RECORTABLES
WALT DISNEY.

X



minutos de las doce cuando el agente especial ^{PENAS} pasarían diez Coswey saltó del coche en el que había ido hasta el barrio chino.

La calle en que se hallaba situada la tienda de objetos de arte oriental de mamá Si Wo Yong era demasiado estrecha para que pudiese pasar por ella un coche de tales dimensiones. Coswey tuvo que dejarlo en la esquina de otra transversal.

Antes de llegar a la tienda montó la pistola y quitó el seguro. Ignoraba con quién podría tropezarse por allí.

El viento, huracanado, le obligaba a ir más deprisa de lo que quisiera. Así, pronto se encontró a la puerta de la tienda. Estaba abierta. Se asomó con cuidado y vio algo que le hizo entrar en acción inmediatamente: a Silverman con una pistola en la mano y a Cian Kay Fu amenazándola con un puñal.

Nada de avisarles. Había que obrar con rapidez. Sobre todo, para evitar que Cian...

De un salto se plantó junto a ellos. Cian Kay Fu bajaba ya el puñal para matar, buscando el pecho de Silverman.

—Quieto, muchacho, y tú también, Silverman, suelta esa pistola.

Uno y otro se quedaron inmovilizados por el asombro. Ninguno de los dos esperaba aquello. Cian no llegó a clavar el puñal a Silverman. El agente especial le agarró a tiempo de la muñeca y le obligó a tirarlo al suelo.

Silverman fue el que anduvo más reacio a obedecer, y no porque quisiera enfrentarse con el agente especial. Lo que ocurría, que aún estaba bajo la impresión de lo sucedido.

—Suelta la pistola, Silverman.

—¿La pistola?

Ni siquiera se había dado cuenta de que la tenía en la mano. Mecánicamente abrió los dedos y el arma cayó al suelo. Luego preguntó:

—¿Y Lilian?

Nadie le contestó.

Coswey hablaba con el chino:

—No tengas miedo, Cian. Estás con un amigo.

—¿Un amigo? —preguntó, extrañado de que el agente especial pudiera ser amigo suyo, de un pobre oriental.

—Sí, soy tu amigo; pero tienes que contarme todo —insistió Coswey—. ¿Quién te ha mandado matar a Silverman?

El chino lo miró a la cara. Su instinto le decía que el agente especial era su verdadero amigo.

—¿No quieres decírmelo?

—Sí —confesó—. Unos hombres vinieron a verme esta mañana y me advirtieron que esperase a que llegara el asesino de mamá. Sí. Había jurado matarlo si lo encontraba alguna vez...

Coswey no ignoraba que los orientales jamás perdonan las ofensas que se les infieren. Cian Kay Fu amaba a su tía y era tan solo un oriental, un pobre chino para quien no existía más ley que sus costumbres y sus tradiciones ancestrales.

Le cogió por los hombros y le atrajo hacia sí.

—¿Para qué te dijeron esos hombres que vendría Silverman a tu casa? —preguntó.

—Aseguraron que intentaba matarme, y como yo quería matarle también, le esperé escondido. Le vi entrar y aguardé a que registrase la casa. Tenía miedo, a pesar de todo. Pero al ver que se iba no pude contenerme y le llamé asesino...

—Y ¿qué pasó después?

Cian Kay Fu señaló la pistola de Silverman, en el suelo, y añadió:

—El disparó primero contra mí. Luego ya no supe lo que hacía. Cogi el puñal y...

No pudo terminar. Los sollozos le impidieron hablar.

—Mejor así, ¿no? —preguntó el agente especial.

Cian Kay Fu levantó los ojos a él y asintió:

—Sí, mejor así.

—De todos modos, pronto pagará todas sus culpas.

Al oír aquello, Silverman dio un respingo. Fue a decir algo, pero se calló y se encogió de hombros. ¿La silla eléctrica? ¿Qué importaba ya? Solo Lilian. Aunque quizá el agente especial supiera algo de ella. Le hablaría, le preguntaría, le enseñaría el mensaje del jardinero.

—Cuidado, Silverman. ¿Qué te buscas por los bolsillos? —advirtió Coswey.

—Un papel —gruñó aquél, que andaba hurgándose por los bolsillos a dos manos—. ¡Ah! Mire, aquí está. Es de ella, de Lilian Milton, mi novia. Tienen que buscarla.

Coswey cogió el papel y lo leyó deprisa. Era el mensaje del jardinero.

—Lo ha escrito ella, estoy seguro —insistió Silverman.

Coswey no le prestó atención. En lugar de contestarle, alargó el papel a Cian Kay Fu.

—Toma, lee —ordenó—. ¿Qué sabes de esto?

Cian lo leyó sin pestañear. Luego se puso a gritar:

—¡Yo no sé nada, yo no he secuestrado a ninguna mujer! —Estaba a punto de llorar.

El agente especial lo miró fijamente. No, no mentía. Entonces, ¿quién había enviado aquella nota y con qué objeto?

El misterio se lo aclaró Silverman. Adivinó, de pronto, lo que sucedía.

—¡Han sido ellos! El jefe, Rusik y los otros. Tienen que salvarla.

Resultaba paradójica la actitud de Silverman. Antes solo pensaba en matar y en huir de la Justicia; ahora pedía protección a esa misma Justicia, representada por el agente especial del

F. B. I.,

para la mujer que amaba. En pocas palabras explicó a Coswey sus sospechas. La cosa no podía ser más sencilla. El jefe deseaba deshacerse de él, pero no que ninguno de la banda se encargase de matarle. Secuestraron a Lilian y la obligaron a escribir la nota. Estaban seguros de que acudiría a la cita, de que escaparía de su encierro a costa de lo que fuese y de que Cían Kay Fu se convertiría en el ejecutor de sus designios, por el impulso irreprimible de matar al asesino de su tía.

—Luego las culpas se las echarían al

F. B. I.

—añadió Coswey—. Precisamente eso es lo que aseguró Rusik. Si Cian te mataba no iría pregonándolo por ahí. ¿Sabes que tienes un jefe demasiado listo?

Silverman no dijo ni sí ni no. Se limitó a volver a lo de antes:

—¿La buscarán, verdad que la buscarán?

Una ronda volante de Policía pasó en aquel momento por la puerta. Coswey les llamó y les ordenó que se hicieran cargo de Silverman como detenido y de Cian Kay Fu como testigo de cargo contra el asesino.

Sin más, salió corriendo en busca del automóvil que lo había llevado hasta allí. Montó en él y abandonó el barrio chino a toda velocidad. Desde el primer teléfono que encontró al paso llamó al inspector jefe Kinley. Le explicó lo ocurrido y le indicó también —porque Silverman se lo había dicho— dónde podrían encontrar al jefe de la banda, a Rusik y a los demás componentes de aquélla.

—¡Buena redada vamos a hacer! —exclamó el inspector jefe—. Y usted, ¿adónde va a ahora, Coswey?

—A ver si consigo llegar a tiempo de salvar una vida —replicó, enigmático.

Ya no hablaron más. Colgó el teléfono y volvió al automóvil. Iba en busca de Lilian Milton. Aunque tenía la sospecha de que quizá no la encontrase en su domicilio, se encaminó hacia allí a toda velocidad.

Lilian Milton habitaba en el otro extremo de la ciudad. El

vigilante nocturno le abrió la puerta de la calle y le acompañó hasta el piso, un apartamento de casa de vecindad. Largos corredores y puertas numeradas, como celdas.

El vigilante se paró ante el número seis y pulsó el timbre. Transcurrieron unos minutos. Nadie acudió a la llamada. Al principio nada anormal notaron. Luego sí: un fuerte olor que parecía salir del apartamento.

—Huele a gas —comentó el vigilante.

Sí, olía a gas. Una idea pasó por la imaginación del agente especial.

—Vamos a echar la puerta abajo —decidió de pronto.

Tomó carrerilla y se lanzó contra la puerta con todo su peso. Poco trabajo le costó abrirla. Al par de empujones saltó la cerradura. Una bocanada espesa de gas salió del piso. Coswey se tapó la boca y la nariz con el pañuelo y entró corriendo. Lo primero que hizo fue abrir las ventanas de par en par. Luego, seguido del vigilante, recorrió las restantes habitaciones. En la cocina, un chorro de gas escapaba a borbotones por la llave abierta. Después de cerrarla se encaminó a la única habitación que le faltaba por examinar.

Y allí estaba ella, sobre la cama, inmóvil, como dormida; pero no dormía. ¡Había muerto envenenada por las emanaciones del gas!

—Es *miss* Lilian Milton —gritó el vigilante—. ¡Qué descuido!

—No ha sido descuido. Alguien dejó la llave del gas abierta a propósito —aseguró el agente especial.

Luego se acercó al teléfono y llamó a la Seccional del F. B. I.

—Aquí, el agente especial Coswey. He encontrado una mujer muerta en...

Continuó explicando su hallazgo. Al ir para allá ya se figuraba lo que iba a encontrar. El sistema que no fallaba de que habló Rusik ante la puerta de la habitación donde lo había encerrado era aquél: hacer ir a Sammy Silverman al barrio chino. Tal vez el mismo Rusik fue quien obligó a la muchacha a escribir el mensaje y posiblemente también quien dejó abierta la llave del gas para que Lilian no pudiese acusarles...

Al abandonar la casa en que habitara Lilian Milton en vida, Coswey marchaba cabizbajo, y hablando solo.

—¿Qué daño les había hecho Cian Kay Fu para exponerle a que Silverman lo matase? ¿Qué podía importarles que hablara Lilian Milton? Bueno, tal vez supiera demasiado...

Amanecía, y el agente especial seguía su camino sin fijarse en nada de cuanto le rodeaba. Ni siquiera se daba cuenta de que hacía muchas horas que no había descansado. De pronto levantó los ojos del suelo y miró al cielo.

—¿Está amaneciendo? —murmuró, asombrado, como si acabase de hacer un gran descubrimiento.

Luego le entraron las prisas. Prisas por saber si sus compañeros habrían detenido a Rusik y a los otros. Volvió al coche, subió al «baquet» y lo puso en marcha. Le parecía oír la recia voz del inspector jefe Kinley: «¡Buena redada vamos a hacer!».

Por las calles, gente que iba a su trabajo. Hombres y mujeres que habían podido dormir tranquilos gracias a aquellos otros, como el agente especial Coswey, para quienes no existían horas fijas de trabajo ni de descanso...

En efecto, habían hecho una buena redada. Allí estaban todos: el jefe de la banda, Rusik, «el Gavilán», «el Gafas», Ronald y otros. Tuvieron que pegar algunos tiros para hacerse con ellos. Nada de importancia. Dos bandidos muertos y un agente especial herido. Lo de siempre. Pero aquél era un asunto concluido. El que no fuera a la silla eléctrica acabaría sus días en un penal.

Silverman se levantó de la silla al ver entrar a Coswey. Preguntó angustiado:

—¿La ha encontrado, agente?

—Sí, la he encontrado.

Luego vino un silencio hondo, trágicamente expresivo. Silverman le miraba interrogante, temblándole los labios, temblándole las manos. Al final, preguntó:

—¿Cómo está?

—Coswey tardó en contestarle; pero había que hacerlo. Dijo tan solo:

—Muerta.

Silverman volvió a dejarse caer en la silla y miró a unos y a otros con gesto estúpido. Luego prorrumpió en gritos, los ojos desorbitados, las manos acariciando el aire:

—¡Todo para ti, Lilian, todo para ti! Ya verás, seremos ricos,

muy ricos...

Tuvieron que llevárselo de allí. Fue el único que no pudo declarar cuando instruyeron el atestado. Tampoco le llevaron a la silla eléctrica. ¿Cómo iban a llevar a la silla eléctrica a un hombre que acariciaba el aire y ofrecía riquezas imaginarias al fantasma de una mujer muerta?

Acabó en un manicomio...

A todo esto, el agente especial Coswey iba a Nueva York. Llevaba unos días de permiso para casarse. Sí, aquello había terminado, aunque luego surgiría otro caso, y otro, y otro.

Mas por lo pronto iba a casarse, y cuando un hombre va a casarse, se suele olvidar de cuanto no sea él y la novia.

El avión arañaba nubes con sus alas.

¿Silverman, Cian Kay Fu, Lilian Milton, mamá Si Wo Yong? ¡Al diablo todos! ¿Por qué un policía no ha de ser un hombre como otro cualquiera?

Se arrellanó en el asiento y encendió un pitillo. Pensó en la novia. Estaría esperándole en el aeropuerto. Entornó los ojos y la recordó, bonita, cimbreña...

En aquel momento, Coswey, el agente especial del
F. B. I.,

no era más que un hombre enamorado que iba a casarse. ¡Al diablo todo!

Las alas del avión rompían nubes con ruido de motores en marcha...



COLECCIONES DE
EDITORIAL ROLLAN
¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

WINCHESTER

Audacia, valor, intriga y dinamismo, se condensan en estas nuevas novelas que reflejan la vida turbulenta de cow-boys y gun-men.

Publicación semanal — 5 Ptas.

AVENTURAS DEL F.B.I.

Serie de cuadernos infantiles, con dibujos maravillosos, reflejando las arriesgadas misiones de dos agentes especiales del F.B.I.

Publicación quincenal 1,25 pts.

EXTRA-OESTE

Colección de inigualables novelas sobre los escalofriantes hechos sucedidos en el Far-West americano, con románticas escenas de amor.

Publicación semanal — 5 Ptas.

VALIENTES

Nuevo género novelístico que ofrece emocionantes aventuras y realistas pasiones humanas, por autores de fama reconocida.

Publicación semanal — 5 Ptas.

MENDOZA COLT

Un valiente gun-man de sangre hispana. Aventuras portentosas en el lejano Oeste, descritas en cuadernos de dibujos inimitables.

Publicación quincenal 1,25 pts.

JEQUE BLANCO

Única serie de cuadernos infantiles, soberbiamente dibujados, narrando la peligrosa vida de un agente secreto norteamericano por todas las partes del mundo.

Publicación quincenal 1,25 pts.

F. B. I. ¡ LA COLECCION SIN RIVAL !

